

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

MEMORIA NACIONAL

MADRID

40 céntimos.

Año I.—NÚMERO 40

22 Noviembre 1925



YA RIE PINOCHO CON GRAN REGOCIJO
YA MUESTRA SU CARA UN GESTO GENIAL;
ES QUE YA SIN DUDA HA DADO DE FIJO
CON LA IDEA GRANDE Y TRASCENDENTAL.
CON ESTE PROBLEMA VA A PONER EL MINGO.
MAS NO TE IMPACIENTES, AMABLE LECTOR,
SÉ MÁS CACHAZUDO Y ESPERA AL DOMINGO,
QUE ÉL HA DE EXPLICARLO DE UN MODO MEJOR

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURIOSIDADES

El cocodrilo.

El cocodrilo es un animal bastante simpático, al menos para mí. Ofrece particularidades tan agradables, que no podemos por menos de rendirle cierto culto, especial admiración. Por lo menos, la piel de este animal es muy bonita y muy estimada y, por consiguiente, muy cara —aunque, a decir verdad, la piel que por ahí se vende, a gran precio, llamada de cocodrilo...

El cocodrilo puede encontrarse en ciertas regiones de Africa, Asia, América y Oceanía. Pero donde comúnmente existen estos animales, es en Africa, en las regiones que atraviesa el Nilo. Mide de seis a nueve metros, lo cual viene a ser una longitud respetable. Tiene una cabeza proporcionada a este cuerpo, largo hocico y magnífica dentadura. Vive a orilla de ríos, charcas o lagunas. El cocodrilo es un buen nadador. A veces se sumerge en el agua, a la caza de peces, y se mantiene en las profundidades cinco, siete, diez o doce minutos, aguantando la respiración. En el agua el cocodrilo es valiente, intrépido, osado, temerario; en tierra, en cambio, se mueve con dificultad, cobardemente. Cuando el cocodrilo se ve perseguido corre hacia la charca próxima. Es su defensa: el agua, las profundidades del agua, y en ella, maniobra el cocodrilo con una seguridad de nadador insuperable. Pero no se crea por ello que este animal, tan experto en la corriente de un río, viene a ser un animal absolutamente torpe en la tierra. Torpe, sí; de compararlo con la destreza que despliega en el agua; pero no torpe en absoluto. Si lo fuera, no cazaría caballos, dromedarios, bueyes y cabras.

El cocodrilo es astuto. Acostumbra a ocultarse entre las plantas acuáticas que orillan las lagunas. Invisible, acecha la llegada de los animales que se acercan a beber. Unas veces los aprisiona fuertemente, arrastrándolos al agua, donde los shoga, y navega con su presa hacia la orilla opuesta, donde tranquilamente inicia el banquete. En otras ocasiones, al acercarse caballos, bueyes o dromedarios, el cocodrilo elige uno, la víctima, y lo derriba de un fuerte coletazo. Luego se apodera del infortunado animal, lo remata, ahogándolo, y se lo come parsimoniosamente. Raras veces se aleja el cocodrilo de las proximidades del agua. Huye del hombre, y sólo en caso de acorralamiento, ataca a las personas. Cuando la charca donde acostumbraba a vivir un cocodrilo se seca, emigra el animal en busca de otra charca, a veces a distancias considerables. Si no encuentra agua bastante, se entierra en el cieno, y espera así la próxima estación lluviosa. Es temible la hembra del cocodrilo, sobre todo cuando vigila sus huevos. Pone esta señora cuarenta, sesenta huevos —a veces, cien—, y los entierra en la arena. Cerca de este lugar, ojo y oído avizores, se aposenta la hembra del cocodrilo. Cuando llega la hora del nacimiento, los cocodrillos, encerrados cada uno en su huevo —éstos vienen a tener el tamaño de los de ganso—, avisan con unos golpes espaciales. Oídos estos golpes por la hembra, se acerca al lugar donde enterró los huevos y los desentierra. Aparecen, entonces, los señores cocodrillos, midiendo ya un tamaño de 20 a 25 centímetros. Sin embargo, es lento el crecimiento de estos animales, tanto, que ha llegado a suponerse que los cocodrilos de gran tamaño tienen, cuando menos, cien años.

Nadie ha puesto en duda la voracidad, valentía y osadía del cocodrilo, y sin embargo, tan temible animal deja que ciertas aves (el *corsorius*), se posen sobre su dorso

tranquilamente, y en ciertas ocasiones deja que lleguen a introducirse en la boca. Esta ave es de gran conveniencia para el cocodrilo, pues libra a éste de los animalitos acuáticos —insectos, crustáceos, gusanos etc.— que se le adhieren a la piel o a las mucosas de la boca, molestándole.

Los indígenas africanos dan caza al cocodrilo acercándose a éste con gran cautela para clavarle un arpón, al que van sujetos varios cordeles. Un objeto flotante, cogido a estos cordeles, indicará el lugar del cocodrilo, una vez que el animal, después de recibido el flechazo, se refugia en el agua. Entonces viene la gran persecución. En lanchas y canoas los siguen los indígenas hasta rematarlos. Sin embargo, en otras regiones se emplean para esta caza las armas de fuego, que han hecho desaparecer estos animales de infinidad de sitios. El cocodrilo se caza, no sólo para evitar el peligro que supone estos animales (tragan bueyes, cabras, caballos y dromedarios con naturalidad asombrosa), no sólo se cazan, repito, para evitar el peligro, sino también para aprovechar las carnes y la grasa de estos animales, que en determinadas regiones de Africa comen los negros con inusitada avidez. Estos mismos negros consideran, además, los huevos de los cocodrilos como alimento insuperable, y utilizan también los dientes del animal como adornos, y la piel para hacer sandalias. Y desde muy antiguo varias partes de este animal se utilizan, como medicinales, en Africa.

Cómo se exterminan los mosquitos.

Todo el mundo sabe que los mosquitos son los propagadores más activos de las enfermedades palúdicas.

Todos sabemos también que en todo paraje donde existen aguas estancadas, los mosquitos constituyen una terrible plaga.

Aún se recuerda que para la construcción del canal de Panamá, los grandes problemas físicos a resolver para que el trabajo resultase menos penoso, tales como el calar las bocas, etc., etc., quedaron empujados ante el peligro de los mosquitos, que propagaban el paludismo de una forma alarmante entre la población obrera, que la muerte diezaba sin compasión.

Pero los americanos han ideado un procedimiento excelente, que en una semana puede dar fin de la plaga más nutrida.

En el centro de una palangana se colocará en alto una lámpara corriente de acetileno. En la palangana se verterá agua, a la que se añadirá un par de cucharadas de petróleo.

Todo este tenderete se coloca en el campo o jardín, en las proximidades de vuestra casa, apenas se haya puesto el sol.

Encendéis la lámpara, que, como todas las que se nutren de acetileno, tienen una llama de luz vivísima, y los mosquitos acuden en legión, y al irse a aproximar a la llama, los vapores que de ella se desprenden los atontan, y en ese estado caen en la palangana, en donde la mezcla del agua con el petróleo termina intoxicándolos.

Por la mañana podréis ver en la palangana una cantidad tal de mosquitos muertos, que ella será el mejor elogio que se puede hacer de este procedimiento ingenioso, con el que podemos vernos libres de estos animalitos tan pequeños como peligrosos.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

—Y otras muchas cosas más, amigo mío —dijo el patrón—. Se dice que es un sabio de gran fama.

—Y aunque hagamos semejante cosa, no por eso disminuirán las esperanzas de Simón. El señor Bandi no querrá tomar parte en el descubrimiento de tan maravilloso tesoro.

—Calla tú, marinero de agua dulce —dijo el eslavo amoscado—. Vamos a ver a ese señor Bandi.

—¡Andando! —exclamó el patrón poniendo mano al timón—. Llegaremos a Sottomarina al despuntar el alba.

Las dos velas, que habían sido medio arriadas, fueron izadas al viento, sujetaron las cuerdas, y el bragozzo se alejó de aquel lugar, ligeramente inclinado a babor, dejando tras sí una estela que parecía de plata.

Aunque al parecer poco ligero, aquel pequeño barco era un buen corredor que, con buen viento, y sobre todo viento en popa, podía andar cómodamente ocho y hasta diez nudos por hora.

Con tal velocidad podía llegar en menos de tres horas a Sottomarina.

Media hora después de haber dejado la punta septentrional de la isleta de Bacucco, atravesaba ya la nueva desembocadura del Brenta, el cual vierte sus aguas en las proximidades del fuerte de Brendolo.

Vicente, el patrón, evitó los peligrosos bancos de arena que forma el río en su desembocadura y lanzó luego el bragozzo a lo largo de la costa de Sottomarina, playa baja, arenosa, casi desierta, que defiende contra los furios del Adriático la vía férrea que va a morir en Chioggia.

En todo el trozo de mar que se extiende desde el Brenta hasta el puerto de Chioggia no se divisaba en aquel momento barco alguno, ni siquiera de los de pesca. Tan sólo entre las dunas veíase brillar de vez en cuando alguna lucecilla que indicaba la presencia de algún pescador de mariscos.

A las tres de la madrugada, el bragozzo, impulsado siempre por una brisa favorable, pasaba por delante de la batería enclavada en la costa, y poco después anclaba frente al Lido de Sottomarina, a cincuenta pasos de la orilla.

El patrón llamó junto a sí a sus hombres mediante un silbido, y luego dijo:

—Procuremos ser prudentes.

—Era lo que yo quería deciros —dijo el eslavo.

—No sabemos lo que contiene ese documento, y, por tanto, hasta que no nos lo descifren, punto en boca.

—Silencio absoluto —dijo el eslavo, mirando amenazador a sus compañeros y enseñándoles los puños—. El que hable tendrá que habérselas conmigo.

—¡Acaba, charlatán, y déjame hablar! —gritó el lobo de mar! Pudiera ser que este documento, pescado de forma tan milagrosa, al cabo, acaso, de varios centenares de años, contenga preciosas indicaciones que pudieran ser de gran importancia aun para nosotros; por lo tanto, conservemos el secreto.

Simón y yo desembarcaremos aquí e iremos a Sottomarina en busca del doctor Bandi. Vosotros izareis velas de nuevo e iréis a anclar frente al fuerte San Felice. Hoy mismo iremos a vuestro encuentro y os pondremos al corriente de todo.

¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —respondieron los marineros.

—Echad al agua la chalupa —dijo finalmente el patrón.

El bote, que se hallaba a popa con la quilla al aire, fué llevado hasta la borda de babor, suspendido de dos largas vergas del palo mayor y del trinquete y deslizado suavemente hasta la superficie del agua.

Vicente, el patrón, cogió el pergamino, doblólo y lo guardó en la faja roja que le servía de cinturón. Inmediatamente después saltó a la chalupa, donde ya le esperaba el gigante.

—Levad anclas y esperadnos en San Felice —dijo levantando la cabeza para mirar a los cuatro marineros, que formaban un solo grupo a popa.

Poniéndose luego un dedo sobre los labios, añadió:

—Y sobre todo, silencio.

—Si no calláis os ahogo —añadió el eslavo, tomando los remos.

—Calla, bruto —dijo el lobo de mar, con enojo—. ¿Crees, acaso, que tienes tú el mando? Basta de amenazas, o mis hombres terminarán por desollarte.

El eslavo se encogió de hombros y comenzó a remar vigorosa-

mente, mientras los cuatro marineros levaban anclas para continuar su marcha hasta la entrada del puerto de Chioggia.

La pequeña embarcación, impulsada por aquellos dos remos que manejaban brazos tan formidables, llegó en menos de diez minutos al Lido de Sottomarina, embarrancando en la playa.

Despuntaba el alba. En Oriente, una pálida luz de rosáceos matices difundíase por el cielo suavemente, poniendo en fuga a las tinieblas y tiñendo las aguas del Adriático de un color de hierro con estrias de plata.

Allá a lo lejos, en el horizonte, hacía su aparición alguna vela y hasta alguna columna de humo que se elevaba derecha, formando en su parte más alta una a modo de sombrilla e indicando la presencia de un barco de vapor que seguía la ruta de Venecia.

En tierra, más allá de las dunas, dibujábanse vagamente los macizos muros de la batería levantada para defender la playa, y más lejos aún, las primeras casas de Sottomarina alineadas a lo largo del canal.

Vicente y el eslavo, después de haber internado el bote en tierra para impedir que la marea alta lo arrastrase, encendieron sus

pipas, echáronse al hombro el esparavel y luego se introdujeron por entre las dunas pasando por delante de la batería.

—A la salida del sol estaremos en casa del señor Bandi —dijo el patrón.

—De ese modo nadie se percatará de nuestra presencia —respondió Simón—. Semejante asunto requiere secreto.

—¿Sigues pensando en el tesoro?

—Sí, patrón.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios del pescador.

—¿No creéis en su existencia? —preguntó el eslavo, dándose cuenta de la sonrisa.

—No.

—Entonces, ¿por qué pensáis que la caja se hallase tan cuidadosamente cerrada? Si el documento no tuviese importancia, no hubiese tomado tantas precauciones su poseedor. Yo sé muy bien que a unos pescadores griegos les ha ocurrido cosa semejante.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, patrón. Pescaron, no sé dónde, una caja que contenía no sé qué documento, que daba noticias de un tesoro escondido cerca de la antigua Zara.

Un día les vieron llegar allí con un pequeño barco y echar el ancha. En vista de que nada descargaban y embarcaban menos aún, algunos marineros sospecharon de ellos y decidieron espíarlos durante la noche, suponiendo fuesen contrabandistas.

¡Y no malos contrabandistas...! Dos noches después se largaron los muy tunantes, tras una excursión terrestre y después de haber hecho un gran hoyo en un lugar determinado.

Al reconocer el hoyo encontráronse varias monedas antiguas, que los griegos, con la prisa, no se habían preocupado de recoger.

Luego se supo que habían partido llevándose vasijas colmadas de ceques, que vendieron en Ragusa.

—Tu historia puede ser verdadera —dijo Vicente, el patrón.

—Veracísima, os lo aseguro.

—Si nuestro documento indicase el lugar donde se halla un tesoro, también iríamos a buscarlo, palabra de marinero.

—Lo peor es que el doctor querrá su parte —dijo el eslavo—. La cosa no me hace mucha gracia.

—¡Ah, avaricioso! Habría para todos, y, por otra parte, el doctor es tan rico que no querría nada.

—Mi parte la exijo entera, ¡por mil millones de rayos! —exclamó el eslavo casi con ferocidad.

—La tendrás, avaro.

Así conversando habían atravesado las dunas y caminaban por un senderillo, que serpeaba entre unos desmedrados melonares.

Brillaba en aquel momento sobre el horizonte el primer rayo de sol, reflejándose en el agua quebrada en mil centellas de oro e iluminando las blancas casitas de Sottomarina.

Vicente echó ante sí una ojeada, yendo a detener su vista sobre una elegante casita de dos pisos y verdes persianas, que surgía en medio de un huerto.

De aquella parte oíanse algunos ladridos.

—Ya se ha levantado el doctor —dijo el lobo de mar—. Puede ser que vaya de caza.

—Entonces no sabremos nada hoy —dijo el eslavo, despechado.

—La curiosidad del doctor ha de ser grande.



En aquel momento oyóse una voz sonora, que partía del otro lado de un seto y que decía:

—¿Dónde se va a estas horas, maese Vicente...? ¿Tan buena ha sido la pesca que volvéis tan pronto?

—¡El señor Bandil! —exclamaron al mismo tiempo el lobo de mar y el esclavo, descubriéndose.

Tras el seto del huerto acababa de aparecer un hombre; lo transpuso de un salto, ganando así el sendero por donde caminaban los dos pescadores, mientras dos grandes perros negros, de colgantes orejas, ladraban dando alegres saltos en derredor de Vicente, el patrón.

—El señor Bandi era hombre de algo más de cuarenta años, un poco rechoncho, robustísimo, algo canoso, de bronceada piel a causa de las sales marinas, con ojos muy vivaces que brillaban tras sus lentes montados en armadura de oro, y bigote completamente negro. Tipo simpático, a la vez enérgico y bondadoso.

Había sido capitán médico de la marina de guerra, y con tal motivo había viajado durante muchos años por todo el mundo; pero un buen día, sintiendo la nostalgia de su patria, habíase despedido del mar y de los barcos, retirándose a la hermosa finca que poseía en Sottomarina, convirtiéndose de pronto en el médico de todos los pescadores de la costa.

Riquísimo, por cuanto tenía vastas posesiones sobre las márgenes del Brenta y del Adige, jamás había cobrado un céntimo por sus servicios a aquellos pobres marineros, sino que, por el contrario, habíales ayudado muchas veces, granjeándose una extraordinaria popularidad entre aquellas buenas gentes.

Hablábase del señor Bandi en todas partes: en Chioggia, en Sottomarina y más lejos aún, en Palestrina y hasta en Porto Secco, donde iba muy a menudo a cazar gaviotas y visitar a los pescadores, siendo al mismo tiempo médico habilísimo y buen cazador.

Al ver a los dos pescadores tendió a entrambos la mano, diciendo con jovialidad:

—Buenos días, mis lobeznos de mar. No es en las huertas donde se pescan los atunes.

—No buscamos atunes, doctor —dijo Vicente, riendo—. Os buscamos a vos.

—¿Tenéis necesidad de mis servicios? ¿Alguna desgracia ocurrida a bordo de vuestro bragozzo? —preguntó el doctor, presuroso.

—No, señor Bandi —respondió el lobo de mar—. Gracias a Dios, todos mis hombres están buenos y sanos.

—¿Pues qué otro motivo os puede traer?

—Una cosa muy importante, señor —dijo Vicente, mirando a su alrededor como si temiera que le oyese alguien.

—¡Oh...! ¡Oh...!

—Venimos a pedirnos que nos descifréis un documento que hemos pescado en el fondo del mar.

—¡Un documento! —exclamó el doctor, estupefacto, poniéndose serio—. ¿La historia, acaso, de algún terrible naufragio...?

—Lo ignoramos, señor, porque ninguno de nosotros conoce una sola palabra de la lengua griega.

—Seguidme, mis queridos lobos de mar —dijo bruscamente el doctor—. El asunto es demasiado importante para perder un minuto.

Volvió a saltar el seto y se dirigió presuroso a su casita, que no distaba más de dos tiros de fusil. Los pescadores le seguían, mientras los perros, poco satisfechos por la imprevista vuelta de su dueño, daban ladridos de protesta.

Pocos momentos después atravesaban los tres hombres un espacioso corral tapiado, donde había multitud de pollos, patos y gansos gordísimos que hacían la boca agua al esclavo, y entraron en una habitación de la planta baja.

Era el estudio del doctor, un estudio bonito, amueblado de curiosa manera, pues veíanse en él muebles turcos, chinos y japoneses, modelos de barcos, armas de todas clases y bagatelas de todos los países, recuerdo todo ello de viajes.

Tomó el doctor tres copas, destapó una botella de ron añejo y las llenó hasta el borde, diciendo a los dos pescadores:

—Choquemos, tomad después asiento y hablad.

Una vez las copas vacías, sacó Vicente de la amplia faja roja con que iba ceñido el famoso pergamino, diciendo:

—Este es el documento, doctor. Lo pescamos hacia media noche entre la punta septentrional de la isla Bacucco y la desembocadura del Brenta, a una profundidad de veintidós brazas.

Estaba encerrado en dos cofres, uno de encina y otro de acero, los cuales nos costó bastante trabajo abrir.

El señor Bandi se apoderó con vivacidad del pergamino, extendiólo, y, acercándose a la ventana, echó sobre él una ojeada llena de curiosidad.

Los dos pescadores, de pie frente a él, mirábanle silenciosos; esperando con ansiedad las contracciones de su semblante.

A medida que el doctor devoraba con ávidez creciente los renglones del escrito, un estupor imposible de describir se dibujaba en sus facciones. Movía la cabeza, arrugaba la frente, dilataba las pupilas, y, de vez en cuando, se le escapaba una exclamación de

asombro. Una vez terminada la lectura, clavó su mirada en los dos pescadores y exclamó:

—¡Qué dicha para Italia si fuese verdad...!

—¿Se trata de un tesoro inmenso? —preguntó el esclavo, arrugando la frente al oír hablar de Italia.

El doctor hizo con la diestra un gesto que significaba:

—¡Más que tesoro...!

—Hablad, señor —insistió el esclavo—. ¿Se trata de muchos millones, no es verdad?

—¿Millones...? ¿De qué?

—De oro.

El doctor soltó una carcajada.

—No, no se trata de oro —dijo después—. Pero si existiera realmente esta galería subterránea, representaría para Italia tal fortuna, que no podría pagarse con centenares de millones.

—¡Una galería subterránea! —exclamaron los dos pescadores.

—Sentaos y escuchadme —dijo el doctor—. ¿Os habéis fijado en el dibujo que está en medio de esta hoja?

—Sí, doctor —respondió Vicente el patrón.

—¿No habéis adivinado lo que representa?

—A mí... me ha parecido el trazado de un canal.

—En efecto, de un canal se trata; pero excavado por debajo de Italia, entre la Spezia y el valle del Brenta precisamente.

—¿Y quién ha hecho la excavación? —preguntó el lobo de mar, estupefacto.

—Un capitán de la república genovesa.

—Explicaos, señor Bandi.

—Dejadme recapitular y os expondré, en suma, lo que contiene el documento. Encended vuestras pipas si queréis fumar, tomad otra copa, y escuchad.

CAPÍTULO III

UNA GALERÍA ENTRE EL TIRRENO Y EL ADRIÁTICO

—Refiere el documento —dijo el doctor— que hacia el año 1300, o sea en la época en que mayores eran las rivalidades entre las repúblicas de Venecia y de Génova, unos buzos, al intentar poner a flote una nave genovesa hundida en las cercanías de Lerici, en la pequeña ensenada que forma la punta de Maralunga, descubrieron, a seis metros de profundidad, una gran oquedad que tenía todas las apariencias de una verdadera galería.

Enterado de tal descubrimiento, Luis Gottardi, capitán de la república genovesa, quiso saber de qué se trataba y, de acuerdo con otros cuatro compañeros, emprendió una exploración.

Dicho capitán refiere que, habiendo entrado en la galería, se encontró en una caverna marina de tales dimensiones que podría permitir el paso a una galera de gran tonelaje y que, a lo que parecía, no había sido hecha por mano de hombre.

Tal descubrimiento sirvió de inspiración a un grandioso proyecto digno de los romanos; esto es: abrir un canal subterráneo entre el mar Tirreno y el Adriático que facilitase a los genoveses no sólo la invasión de la república veneciana, sino también sorprender de un modo inesperado a la reina de aquel mar.

—¡Por cien mil atunes y otros tantos tiburones! —exclamó Vicente—. ¿Qué decís doctor? ¿Aquel audaz pretendía sorprender Venecia?

—Y lo hubiese conseguido, mi valiente lobo de mar, si circunstancias imprevistas no lo hubiesen impedido. Es seguro que Venecia no hubiera podido resistir a una flota que hubiese aparecido de improviso en sus aguas.

—Pero ¿por dónde?

—Por un canal subterráneo que comunicase con el Tirreno.

—¿Qué idea!

—Magnífica, Vicente.

—Pero primero habría que hacer el canal.

—Ha sido hecho.

—¡Eh! ¿Os chanceáis, doctor?

—Os digo que el capitán Gottardi lo mandó hacer y que aún debe existir.

—¡Es asombroso, doctor!

—Escuchadme, Vicente. Dice el documento que el capitán Gottardi, que era riquísimo, una vez ideado tan grandioso proyecto, lo puso en ejecución, ayudado por quinientos esclavos africanos. Parece ser que en ocho años se llevó felizmente a cabo tan gran obra subterránea, construyendo un túnel, que iba a desembocar en las proximidades de Brondolo, capaz de dar paso a la galera de mayor tamaño existente. Nadie se dió cuenta de la realización de tal obra, y el capitán Gottardi tomó la precaución de hacer volver a África a los esclavos, internándolos en el desierto, y de hacer jurar a los pocos genoveses que le acompañaron que guardarían el secreto. Aquí se oscurece un poco el asunto.

(Continuará en el número próximo.)



PINOCHO DEPORTISTA

TORNEO FUTBOLISTICO DE PINOCHO

El "Pinochista Invencible" vence (12-0) al "Pinochista de Florida".

El pasado domingo, en el terreno del «Racing Club», cedido generosamente por esta entidad, se jugó el partido del Torneo Pinocho entre los «onces» del «Pinochista Invencible» y el «Pinochista de Florida».

Los bandos se alinearon así a las tres y media de la tarde:

«Invencible»: Luis San Vicente; Federico García, Adolfo García; Andrés Espín, Pedro Rodríguez, Antonio González; José Rodríguez, Sebastián Pérez, Carlos Quesada, Manuel Menéndez y Plácido García.

«Florida»: Alfredo Omaña; Antonio de la Cátera, Ricardo Contreras; José Alonso, Felipe Sarmiento, Francisco Guerrero; César Abeytúa, Manuel Puebla, Antonio López, José Pérez Rubio y José Novillo.

El árbitro, Sr. Estévez, dió la señal de comenzar la lucha, y pronto se notó la superioridad de los «invencibles» que parecían estar dispuestos a confirmar su nombre un poco pretencioso, pero hasta ahora justificado plenamente.

Sólo hubo veinte minutos de lucha, pasados los cuales los «pinochistas invencibles» se adueñaron por completo de la situación.

Las arrancadas de los «invencibles» fueron verdaderamente maestras por la combinación y el empuje.

Y a qué seguir detallando, mis pequeños lectores, lo que fué un verdadero acoso, un acorralamiento sin tregua.

Plácido marcó tres tantos; Quesadita, dos; Rodríguez, dos; Sebastián, tres; Perete, uno, y otro Menéndez. Para todos hubo.

Gran parte en el fracaso de los «Pinochistas de Florida» tuvo su guardameta, que, por querer hacer filigranas, dejó pasar los tantos que parecían más fáciles de parar. Esta actitud, como es natural, rebajó la moral de sus compañeros, que veían que el lugar más comprometido se hallaba defendido casi nulumamente. Y lo peor de todo es que Omaña es un buen portero; ahora que para querer hacer «zamoranas» es necesario ser... un Zamora.

Como se podrá apreciar por el tanteo, el encuentro careció de todo interés.

El árbitro, Sr. Estévez, actuó con bastante imparcialidad y mucho acierto; bien es verdad que castigó con excesiva dureza faltas leves de los «invencibles»; ahora que suponemos que esto sería, sin duda, para animar a los de la «Florida».

Una tarde agradable y otra victoria rotunda de los «invencibles», que hasta ahora resultan serlo. Eso fué todo.

Cómo ganó Antonio Ruiz el campeonato de Europa.

Antonio Ruiz, el boxeador valleciano, de quien os hablé días papasados, mis buenos amigos, ha logrado el título de campeón de Europa del peso pluma.

No puede lograrse un título de esta importancia de manera más rotunda. Por uno de esos caprichos inexplicables de la naturaleza humana, Hébrans no cayó en un profundo «k. o.».

En el segundo «round» (asalto) Ruiz logró tocar seriamente a su contrario. Pero sonó el «gong», y se salvó.

En el quinto «round» Ruiz golpeó de tal forma al belga, que éste, «flotando», como dicen los franceses, se abrazaba a su contrario para no caer «k. o.».

La lucha no tuvo un solo momento dudoso. Ruiz atacó siempre y bien, hasta el punto de que en el sexto y séptimo «round» se cansaba de pegar a su contrario, que, previendo su trágico final, abandonó, simulando una lesión en la muñeca derecha.

Así es como Ruiz alcanzó el título de campeón de Europa, siendo el primer boxeador español que logró tan honrosa distinción.

¿Quién era Ruiz? Ya lo sabéis: un pobre jornalero que con tesón y trabajo logró destacarse.

Vosotros, en otras esferas de la vida, lo lograréis igualmente si tenéis amor al trabajo. Porque el trabajo, pequeños amigos, es el primer paso para la virtud y el primer escalón para llegar a la cumbre de la fortuna y la fama.

Dux.

Partido de entrenamiento.

En esta corte se ha celebrado un partido amistoso, con carácter de entrenamiento, entre el «España Invencible» y el «Club Pinocho Sporting». Después de un partido reñidísimo, ambos bandos empataron a dos «goals».

Un equipo pinochista en Vigo.

En Vigo se ha formado un equipo titulado «Club Fortuna Pino-



cho», a modo y semejanza de aquel otro Club de Vigo, de aquel Fortuna de imperecedera memoria.

Forman este bando:

Juanito Ramos, Augusto Varela, Tomás Muñoz, Alfonso Costas, Eugenio Barrientos, Jesús Costas, Antonio Soneira, David Italiani, Elías Hernández, Manuel Martín, Luis Soneira.

El capitán de estos bravos muchachos es Augusto Varela.

Otro equipo en Vivero...

Se ha formado un equipo pinochista en Vivero (Lugo). Integran este bando Díaz, Geinmunde, García, Cocina, Pérez, Otero, Picada, Pérez, Leal, Picado e Insúa.

...Y otro en Barcelona.

En la ciudad condal se ha formado otro bando pinochista con el título «Deportivo Pinochista». La alineación es la siguiente: Rocamora; Pallas, Carbonell; Basas, Bañuls, Casenelles; Planells, Casadevall, Basas (Miguel), Xandri y Serrano (cap.).

En San Sebastián triunfa un equipo pinochista.

En San Sebastián, un equipo pinochista ha derrotado (7-0) al «Segura» y al «Beasain F. C.» por 3-1.

Para unos pinochistas sin equipo.

Todo aquel que quiera jugar al fútbol en el Torneo Pinocho debe dirigirse a nuestra Redacción, Valencia, 28, donde recibirá toda clase de amplios detalles.



Nuestros «ases».

«Meanito», capitán del «Pinochista invencible», bando que va a la cabeza de nuestro torneo.

«Meanita», además de un formidable jugador, es un pinochista entusiasta. (Foto ALVARO).

El «Recreativo» vence al «Sporting» por la mínima diferencia, tras un encuentro reñidísimo.

En el campo del «Sporting», y a las órdenes del árbitro señor Rodríguez, se jugó este partido, que fué competidísimo.

A las cuatro en punto se alinean los equipos en las formas anteriores. Saca el «Recreativo», que avanza sin resultado; el «Recreativo» domina constantemente, y producto de esto proviene un «penalty», que, tirado por Guerra, es muy bien parado por Oscar; reanudado el juego, Perera avanza, llevando el balón, el cual lanza un buen «chut», parándolo Oscar; se le escapa de las manos, y Luceño le entra, valiendo para el «Recreativo» el tanto de la victoria, terminando el primer tiempo poco después.

En el segundo tiempo el «Sporting» tiró tres «penalties» a «goal», siendo parados todos estupidamente por Francisco León, que demostró ser un portero completo; también Oscar, portero del «Sporting», tuvo salidas valientes, evitando tantos seguros arrojándose a los pies de los jugadores.

Los mejores del «Recreativo», León, que fué el mejor de los veintidós, Acedo, Crisanto, Sánchez y Perera.

Por el «Sporting», Oscar, Jiménez, Gutiérrez, Llorente y Fernández.

El árbitro, bien a veces y regular en otras.

VILUSAN.

Córdoba.

El día 25 jugóse un partido entre el «Sporting» y el «F. C. Malagueño», venciendo éste por tres tantos a dos.

Los dos equipos hicieron una actuación brillante, siendo pródigos en las jugadas bonitas, magistrales «combinas» y soberbios «goals».

Entre todos, distinguióse el notable ala, Octaviano, que estuvo enorme.

Los demás, muy cumplidos.

El árbitro, señor Ortiz, se ganó una ovación por su magnífica actuación.

MESIR

En Buenos Aires.

«Pinocho B», 2; «Sp. Paraná», 0.

«Pinocho» formó así: Hortal; Rostey y Delgado; Martínez, Tovecioni y Ricciardi; Vignoli, Berico, G. Lucarelli, Condarco y Carri.

A pesar de la fuerte llovizna con que se jugó este partido, no careció de interés. A los doce minutos de juego, Parente pifa. Berico aprovechó esto para, con un tiro corto, señalar el primer tanto.

Cinco minutos más tarde Lucarelli se corre brevemente por el centro del «field» para luego patear el arco. Serramia, arquero contrario, intentó detenerla; pero escuriósele de las manos, y el segundo tanto quedó hecho.

El segundo tiempo se realizó bajo una fuerte llovizna, y cuando faltaban cinco minutos para concluir el tiempo reglamentario, el ár-



Los ciclistas madrileños más jóvenes.

He aquí a los niños Angel y Vicente Carmona, de 5 y 4 años, respectivamente, que vencieron en cuantas pruebas ciclistas infantiles han tomado parte. Estos dos «ases de la burra» son los corredores madrileños más pequeños. Están acompañados de su entrenador Julio Bejar (en el centro).

(Foto ALVARO.)

«Pinocho A», 4; «Sportivo Chapete», 1.

A las diez y seis horas y treinta minutos, el «referée» señor Carlos Duruti dió orden de alistar a los equipos, quienes formaron así.

«Pinocho A»:

A. Lucarelli; J. Bareus y J. Inzúa; A. Marini, G. Dacal y Torecioni; J. Linari, F. Lucarelli, E. Rieti, V. Lagarde y G. Lucarelli.

«Sportivo Chapete»:

Baliñas; Aranna y Tenaglia; Irigoín, Calcagno y Giudice; Manueli, Luzati, Branzuel, López y Medina.

Comenzó el juego Branzuel, cediendo la pelota a Luzati, avance que prosperó; a los siete minutos, G. Lucarelli centrea; Rieti la recibe y avanza velozmente, pero sufre un encontrón con Aranna, cayendo ambos al suelo, donde tratan de agredirse; luego, J. Bareus salva un momento de apremio a su valla; a los catorce minutos, Dacal hace un quite a Branzuel, y, corriendo con la pelota, luego se la cede a Linari, quien logra esquivar a Giudice y hace un medio centro; Rieti la recibe de voleo y, con un fuerte tiro alto, marca el primer «goal» de la tarde, que fué muy aplaudido.

A los veintitrés minutos, G. Lucarelli logra cortarse, y ya frente al arco contrario, pateó violentamente; pero Baliñas, mediante un gran esfuerzo, logra detenerlo y cede «córner»; Marini lo tira; lo recoge F. Lucarelli, que pateó al arco; Tenaglia rechaza, y V. Lagarde, que se hallaba a la expectativa, con un tiro débil, marca el segundo «goal»; minutos más tarde, Baliñas salva un «goal» que parecía inevitable, cuando faltaba un solo minuto para terminar el primer tiempo; A. Lucarelli se luce al detener en gran forma un tiro de Luzati, y esquivó la arremetida de Branzuel.

A las diez y seis horas y veinte minutos se inicia el segundo tiempo, que, como



Los motoristas más jóvenes del mundo.

No se trata de dos motocicletas de juguete, son perfectas, aunque diminutas estas máquinas que veis. He aquí a sus dos conductores que las tripulan con singular pericia.

(Foto MARIN.)

bitro, señor Burela, decidió dar por terminado el partido en vista del mal tiempo.

«Pinocho A» y «Wanderers» no pudieron jugar debido al tiempo.

En Buenos Aires se juega un partido pinochista.

Pinocho está que cruje de satisfacción; sus fibras de madera se esponjan como si estuviesen dentro del agua.

En Buenos Aires, la bella capital Argentina, dos bandos caballerosos, deportivos y pinochistas, se han visto las caras en un partido, para disputarse como supremo galardón su egregio nombre.

La lucha fué noble y varonil; de ello Pinocho está satisfecho.

Pero lo que más le hace crujir de entusiasmo es la seriedad y el entusiasmo que estos muchachos, hermanitos de raza de los pinochistas españoles, muestran en todas estas lides, lejos, muy lejos de la tutela de su Revista.

Esto no empece para que personalmente nos ruegue les hagamos llegar por medio de estas líneas su saludo más cariñoso.

Por la larga nariz de Pinocho rodaron dos gruesas lágrimas de emoción, un sí es no es, más sí es que no es, resinosas...



Del partido de campeonato Madrid-Athletic.

Mientras Martínez rechaza un ataque de Palacios, éste rueda por el suelo por su manía de entrar al portero desposeído de la necesaria serenidad.

(Foto ALVARO.)

el primero, fué netamente favorable al «team» «Pinocho».

A los cuatro minutos Aranna acomete fácil contra Rieti; Dacal «shootea» la dena, la pelota cae sobre el arco, donde F. Lucarelli, mediante un cabezazo, marca el tercer tanto.

El partido siguió desarrollándose con entusiasmo hasta que, a los veintiún minutos, Manueli esquivó a Torecioni y centrea Branzuel, que venía a la carrera, lo recibe, y, después de esquivar a Inzúa y Bareus, con un fuerte tiro bajo marca el único «goal» del «Sportivo Chapete».

Branzuel fué calurosamente felicitado por sus compañeros.

Cuando faltaban tres minutos, Linari hace una pifia y Tenaglia marca el cuarto y último tanto de la tarde.

El «referée», señor Curruti, fué felicitado por el capitán del «team» «Pinocho» en vista de su buena actuación.

Sobresalieron los siguientes jugadores: Marini, Dacal, F. y G. Lucarelli y Rieti, del «F. C. Pinocho», y Baliñas, Calcagno, Giudice, Luzati y Branzuel, del «Sportivo Chapete».

El «field», un tanto vanoso.

En vista del serio compromiso que tenía el «team» «Pinocho B» no jugó.

□ □ □

EL TRINEO MÁGICO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES.

En tiempos pasados hubo un rey que tenía una hija muy guapa y muy elegante, pero de carácter tan melancólico, que lloraba a menudo por la cosa más nimia, dando lugar a que se pusieran todos siempre de mal humor.

El rey, por el contrario, era hombre dicharachero, alegre, de buen humor, y muy listo, por añadidura, si bien la inacabable tristeza de su hija le impresionó de tal modo, que consiguió también variar completamente su carácter, haciéndole frío y descontentadizo.

Como no tenía más que esa hija, y era la heredera del trono, temió que el tedio y la tristeza de que estaba poseída la hicieran enfermar. Para evitarlo, envió por todo el país un heraldo, con la noticia de que, al que consiguiera hacer reír a la princesa, le daría ésta por esposa y abdicaría en ellos el trono.

Fueron no pocos a probar fortuna, pero ninguno consiguió arrancar a la princesa una sonrisa. Estaba el rey harto ya, no sólo de las tonterías de los pretendientes y de sus chistes importunos, sino también de ver a su hija en el mismo estado de mal humor y tristeza.

En tales circunstancias, a fin de librarse de tantos aventureros frescos y osados como se presentaban, mandó de nuevo al heraldo con la orden siguiente: «El que pretendiere en lo sucesivo hacer reír a la princesa y no lo consiguiera, sería en el acto impregnado de alquitrán, envuelto en plumas y arrojado a la calle, para burla y escarnio de las gentes».

Con esta orden aspiraba a reducir el número de los codiciosos pretendientes y a librarse de sus impertinencias.

Había un hombre en aquel país que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juan. A este último le llamaban «el tonto». Como residían a gran distancia de la corte, tardaron bastante tiempo las órdenes del rey en llegar a sus oídos.

Cuando las supieron y vieron que podían ser felices a tan poca costa, decidieron a probar fortuna. El mayor, Pedro, fué el primero que se atrevió a ello. Dióle su madre un pequeño saco con comida y su padre, una bolsa con dinero, y empezó de este modo su viaje.

En el camino se encontró a una viejecita, que iba trabajosamente tirando de un trineo. Esta le pidió un poco de pan o una limosna, y Pedro, en vez de dársela, le contestó malhumorado que no llevaba nada de sobra y que lo que tenía lo necesitaba para él. «Ese viaje te ha de costar muchos disgustos», le anunció la vieja. Pedro, sin preocuparse de ella, continuó su viaje hasta llegar al palacio del rey, en el que se presentó, como uno de tantos pretendientes, para hacer reír a la princesa.

Como sabía cantar las coplas más graciosas que existían en la comarca, estuvo largo rato haciendo uso de sus habilidades; pero no consiguió lo que se proponía, pues no fué posible ver una contracción alegre en las mejillas de la princesa, siempre triste, fría y melancólica. Esto dió lugar a que impregnaran de alquitrán al pobre Pedro, le envolvieran en plumas y le arrojaron así en medio de la calle.

Cuando regresó en tan lastimoso estado a su casa, costó a su madre ímprobos esfuerzos quitarle el alquitrán y dejarle completamente limpio.

Mas porque Pedro hubiese tenido mala suerte, no fué razón para que Pablo dejase de imitar a su hermano, y por lo tanto, pidió a su madre el consabido saco con comida y a su padre otra bolsa con dinero, y emprendió el viaje.

También halló en su camino a la misma viejecita, arrastrando el trineo, y, como a su hermano, ella le pidió un poco de pan o una limosna. Pablo le respondió que tenía poca cantidad y que no le era posible desprenderse de cosa alguna. La viejecita entonces le auguró un funesto viaje, y Pablo, sin hacerla caso, continuó andando hasta llegar al palacio del rey.

Cuando Pablo se presentó ante la princesa hizo uso de sus habilidades, consistentes en contar todos los cuentos chistosos que

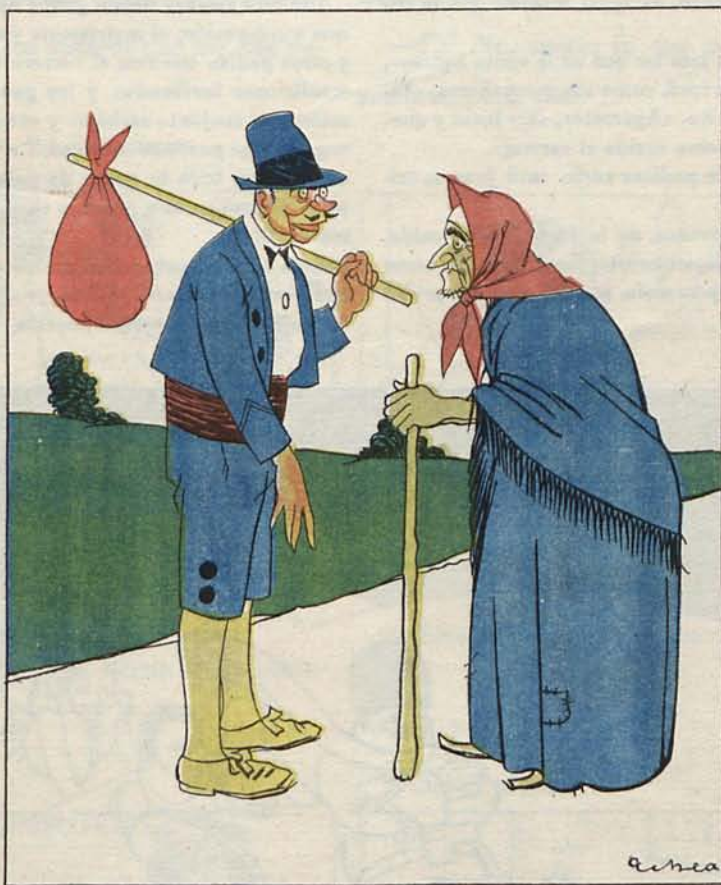
sabía y con los que tanta gente se había reído tanto en otras ocasiones.

El mismo Pablo se reía al contarlos, como también el rey; pero, en cambio, la princesa no hacía sino bostezar, aburrida. Visto lo cual, dieron a Pablo el propio tratamiento que a su hermano, y marchó a su casa para que su madre le limpiase.

Juan, «el tonto», el tercero de los hermanos, no se arredró por tan poca cosa, y decidió ponerse en camino hacia la corte. «¿Cómo puedes tú figurarte —dijéronle sus padres— que has de conseguir lo que tus hermanos, siendo listos y discretos no han realizado? Ellos, al menos, sabían coplas y cuentos primorosos. Pero tú, que no sabes nada de este mundo y eres un pobre imbécil que no sabe uno si reír o llorar al mirar tu extraña y feísima figura, ¿qué has de conseguir, desdichado?» «Está bien —contestó Juan—; he de marchar, sin embargo.»

En vista de su insistencia, le dió su madre unos cuantos pedazos de pan duro; el padre, no más que una mísera peseta en calderilla. Y así empezó Juan su viaje.

Después de andar un gran trecho de camino, sintiéndose un poco cansado, sentóse a comer un poco del pan seco que llevaba. Al instante vió llegar hacia él a una viejecita que tiraba de un trineo. Le pidió un pedacito de pan o una limosna, y Juan, compadecido, le dió todo el pan que le había quedado y la mitad de la calderilla que llevaba. «¿Adónde vas?» —dijo entonces la viejecita—. «Voy a la corte para ver si consigo hacer reír a la princesa para que me la den por esposa.» «¿Pero has recapacitado en los medios que tienes para ello?» «No; pero alguna idea me brotará de aquí» —replicó tocándose en la frente—. «De todos modos —repuso la viejecita—, será preferible que te ayude en la empresa del mismo modo que tú me has ayudado, dándome el pan y el dinero. Toma mi trineo; como ves, tiene un pájaro hecho a relieve en la parte trasera. Cuando te subas y digas: «Pipirripi, pajarito», verás entonces cómo corre y vuela el trineo hasta que ordenes que se pare. Con la ventaja, además, de que dará, de izquierda a derecha, cuantas vueltas sean de tu agrado, como un peón. Y cuando alguien se



atreva a tocar el trineo, verás cómo inmediatamente dice el pájaro: «Pipirripí», a lo que agregando tú: «Agárrate», se quedarán pegados al trineo los que cometan ese atrevimiento, sin que consigan desprenderse de él hasta que tú digas: «Suelta». Ten especial cuidado en que nadie te lo quite, y así la suerte te acompañará por todas partes.»

Juan dió las gracias a la viejecita por el regalo, y al sentarse en el trineo dijo las mágicas palabras, y corrió éste velozmente por la carretera, como si estuviese tirado por dos magníficos alazanes.

Cuando vieron a Juan de aquel modo, se quedaron las gentes boquiabiertas. Pero Juan, inmutable, le dejó correr hasta ya entrada la noche, que paró en una venta, para descansar y dormir hasta el día siguiente, cuidando antes de llevarse el trineo a su habitación, atándolo a los pies de su cama, con objeto de que no se lo quitaran.

Los huéspedes de la venta habían quedado maravillados del extraño carruaje, y muy especialmente las criadas que allí estaban de servicio.

Ya entrada la noche, cuando Juan dormía a pierna suelta, una de aquellas muchachas, movida por la curiosidad, se levantó y dirigióse al dormitorio de Juan, para examinar de cerca el raro trineo. Llegó, sin ruido, y tocó el pajarito. «Pipirripí», cantó éste. «Agárrate», contestó Juan; y en aquel instante quedó la joven asida al trineo, sin que pudiera soltarse.

A poco, llegó silenciosamente otra de las jóvenes e hizo lo mismo. «Pipirripí», cantó el pajarito. «Agárrate», dijo Juan, quedando la pobre niña cogida al trineo, de igual manera que la anterior.

La última de las jóvenes —eran tres las que en la venta había—, llegó también con sumo sigilo y lo tocó, como sus compañeras. «Pipirripí», cantó al instante el pajarito. «Agárrate», dijo Juan; y quedó la muchacha inmediatamente como cosida al carruaje.

Al amanecer, antes de que nadie pudiera verle, sacó Juan su trineo para marcharse.

Detrás llevaba pegadas a las jóvenes, en la forma ya conocida. Y aunque lloraron y gritaron desaforadamente, Juan, haciendo como que no había notado siquiera su presencia, marchó a escape por la carretera.

Como las infelices muchachas iban con unos camisones muy largos, tal y como se habían levantado de la cama para satisfacer su curiosidad, producían un gracioso y singular espectáculo, y tuvieron, por fuerza, que correr tras el trineo, por las carreteras y demás vericuetos y poblaciones del camino.

Cuando Juan llevaba así recorrido casi la mitad de lo que le faltaba para llegar a la corte, pasaron junto a una familia que conocía a las muchachas. Iban el padre, la madre y cinco hijos.

Al ver la extraña procesión que presentaba el trineo, echaron a correr tras él, gritando la madre: «No tenéis vergüenza, niñas, al ir de esa manera detrás de un hombre».

Y diciendo esto, se dirigió a soltar a la última de las jóvenes. «Pipirripí», cantó el pajarito. «Agárrate», dijo Juan; y quedó también cogida la buena señora, sin poder desprenderse,

por lo que tuvo que seguir la suerte de las jóvenes. «Bendito sea Dios», exclamó el padre, viendo en tal trance y en tan desastrosa manera a su mujer. Y despavorido se agarró a las faldas de ella, para arrancarle del trineo. «Pipirripí», cantó el pajarito. «Agárrate», contestó Juan; y prendiendo también al buen hombre, corrió el trineo, como alma que lleva el diablo, con todos aquellos extraños personajes, carretera adelante. Igual suerte corrieron los cinco hijos del matrimonio.

En esto llegaron a una fragua, donde un herrero acababa de herrar a un caballo. Por cierto que aún permanecía con las tenazas en la mano derecha y un manojo de verde, con que engañar al caballo, en la izquierda.

Era el herrero un hombre alegre y jocoso, y no pudo por menos que dar rienda suelta a la risa al ver la larga comitiva del trineo.

Mas al pasar por su lado se agarró, sin soltar las tenazas, a uno de ellos, y en el acto cantó el pájaro: «Pipirripí». Y al contestar Juan «Agárrate», quedó también prendido.

Como el herrero conservaba aún entre las manos el manojo de verde, al pasar junto a una manada de gansos que por allí andaban, se abalanzaron a cogerlo, y al instante, cantando el pajarito «Pipirripí», contestó Juan: «Agárrate», y todos los gansos fueron a aumentar el número de la comitiva, sin cesar en los estridentes graznidos que daban, aturdiendo a todos.

En esta situación llegó Juan al palacio del rey, permitiéndose el capricho de dar allí una vuelta en redondo con todo su séquito.

Las tres jóvenes daban gritos apenados, que más movían a risa que a compasión; el matrimonio y sus cinco hijos, unos, suspiraban, y otros pedían socorro; el herrero reía, y de vez en cuando arrojaba maldiciones furibundas, y los gansos graznaban espantados. Formaban un conjunto rarísimo y extraño, de lo más original y extravagante que puede concebirse. Y ante aquel ruido desarmónico y ensordecedor, toda la gente de palacio se asomó por las ventanas, para ver qué ocurría, y entre ellos se asomaron el rey y la princesa melancólica.

Reía el rey a carcajadas, y al mirar a la princesa vió, estupefacto, que corrían por sus mejillas gruesas lágrimas, provocadas por la fuerte risa de que estaba poseída.

Su rostro estaba encantador. La risa la embellecía y la transformaba.

—Para, pajarito, y suelta tu presa —dijo Juan, después de haber dado tres vueltas alrededor del palacio, en vista del éxito alcanzado ante la primera.

Y obedeciendo en el acto el pajarito, soltó a sus acompañantes, y comenzaron a huir en todas direcciones los gansos, las muchachas, el herrero y todos los demás, avergonzados y confusos.

Juan subió a las habitaciones de la princesa y le dijo, ni corto ni perezoso:

—Puesto que estáis curada, debéis ser mi esposa.

Y como eso era lo ordenado por el rey, y a la princesa le había resultado Juan muy simpático, a los pocos días se celebró la boda y tomó Juan posesión del reino, que gobernó sabiamente durante muchos años.



FIN

CHISTES

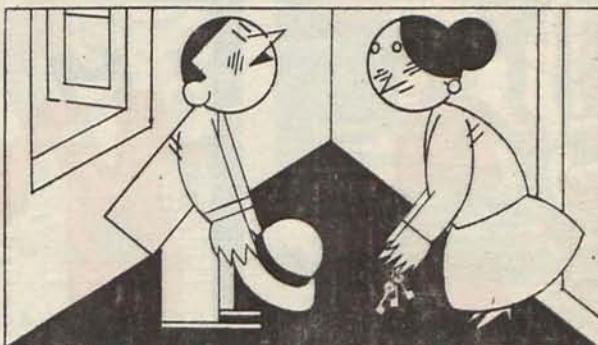
B U E N O S Y M A L O S



—¡Pero, camarero! ¿Qué sopa nos ha servido usted? ¡Nos hemos encontrado en ella tres palitos!

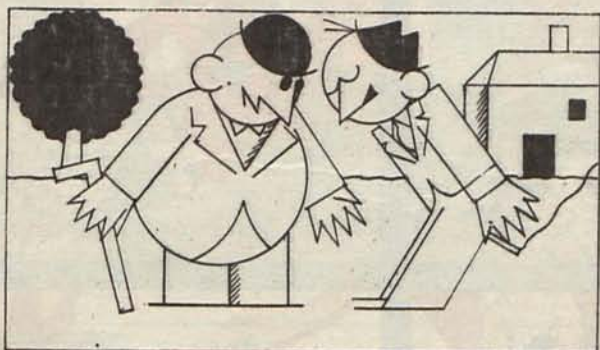
—Tengan en cuenta los señores que me han pedido sopa de hierbas.

—De hierbas, sí; pero no de troncos.



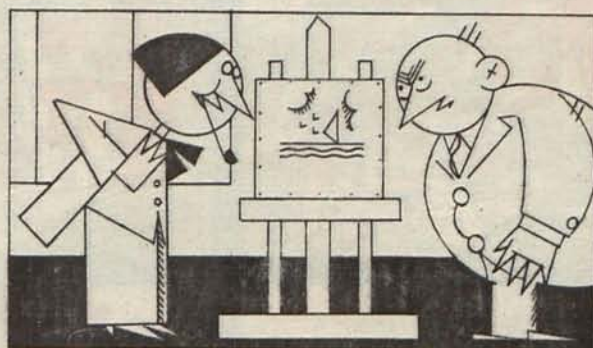
—La habitación me gusta, pero la encuentro baja de techo.

—¡Cal! No, señor; lo que pasa es que tiene el suelo un poco alto



—Le voy a confiar a usted un secreto. Necesito diez duros.

—Confíe en mi discreción. Como si no hubiera oído nada.



En el taller de un pintor cubista.

—Sólo le falta a usted una cosa para ser un gran pintor.

—¿...?

—Saber pintar.



—¡Caramba, hombre! Ya era hora de que me sirvieran en este restaurante un buen filete.

—¡Ah, señor, buen disgusto me ha costado!

—¿Por qué, hombre?

—Porque equivocadamente le he servido el del dueño.



—Así me gusta, niño. Se ve que eres laborioso. Cuando seas mayor serás lo menos ingeniero. ¿Verdad?

—No, señor; seré radioescucha.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALFUYAS DEL HOMBRE FLACO



1 Nació Blas tan delgadito
Qué parecía un palito



2 Pasó un día y otro día
Y Blas mucho mas crecia



3 Se va una noche de Luna
En busca de la fortuna



4 Ni para dormir, se quita
La chistera y la levita



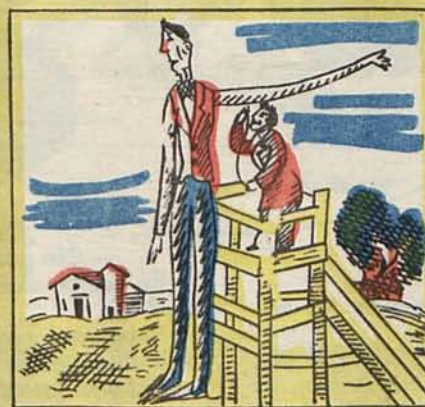
5 Es más alto que los pinos
Cuando va por los caminos



6 Se quiere poner derecho
Y tropieza con el techo



7 Un coche, un día alquiló
Y por el techo, salió



8 Cuando le prueban un traje
Levantán un andamiaje



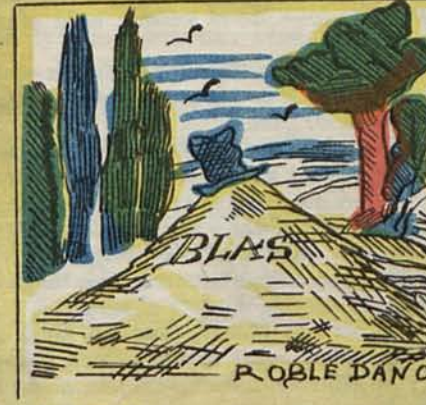
9 Un telefono ha de usar
Si con alguien quiere hablar



10 Fué tanto lo que creció,
Que un día hasta el Sol llegó



11 Pero el Sol lo ha demetido
Viéndole tan atrevido.



12 Solo quedan sus cenizas
Y la chistera hecha trizas

HISTORIAS DE ANIMALES

MARTITA ZIBELINA

No la había más elegante en toda Rusia. Cuando ella pasaba con su gabán de pieles, todos los animales se la quedaban mirando.

—¡Vaya unas pieles!

—De marta zibelina, nada menos. De las más caras.

—Ya puede presumir, ya.

En efecto, Martita Zibelina presumía mucho, tal vez demasiado, porque llegó a despreciar a los demás bichos y a no querer amistad con ninguno.

—¿Cómo voy a ser amiga de un *renard*? ¡Pues no hay diferencia de clase, que digamos!

—Entonces, ¿usted con quién se casaría?, le preguntó un pájaro.

—¡Ah! Yo no me casaría más que con una ostra o con un ave del paraíso.

—¿Por qué?

—Porque las perlas y las plumas es lo único que puedo apetecer después de tener este gabán de pieles.

—¿Y zapatos, no necesitas usted?

—También. Pero únicamente me casaría con un charol.

Martita era muy ignorante, como suelen ser las personas presumidas, que no se ocupan más que de sí mismas, y creía que el charol era un animal con piel brillante.

Durante el invierno, Martita pudo presumir por los círculos polares. A la salida de los teatros donde se representaba «El oso blanco» y «La bola de nieve», y a la salida del Palacio del Hielo, Martita se lucía con sus pieles.

Pero llegó el verano y, ¡claro!, las pieles se pasaron de moda.

Ya lo elegante era vestirse con trajes frescos y sombreros de paja.

Entonces, cuando pasaba Martita, la presumida, los animales se reían de ella.

—¡Mírala! En pleno verano y con esas pieles. ¡Si será cursi!

Inútil será decir los berrinches que pasaba Martita, hasta el punto de no salir ya de su madriguera por temor a las burlas ajenas.

—Pero ¿por qué no se quita usted el gabán con el calor que hace? —le dijo el pájarito de antes, que era un colibrí muy simpático—. En el verano, todo el mundo se quita los gabanes.

—¡Es verdad!, —dijo Martita—, y se quitó su piel, sacando bien las patas por las mangas, como quien se quita un gabán.

Se quedó muy fea, como un cordero desollado.

—¿Qué hago con esta facha?

—Cómprase un traje de *foulard* y un sombrerito de paja, con cintas y váyase a las playas elegantes.

—Y ¿dónde dejó el abrigo?

—En cualquier parte; pero tenga cuidado de que no se le apolille durante el verano.

Así hizo Martita Zibelina. Dejó su piel colgada de un árbol, como de una percha, y le puso unos trocitos de alcanfor.

Después se marchó a las playas elegantes, vestida de verano, a la última moda.

Pero no contaba con lo que iba a suceder.

Un cazador de los que van al Norte en busca de pieles para abrigos de señora, se encontró la marta zibelina colgada de un árbol.

—¡Vaya una piel estupenda! Y toda entera. ¡Esto me va a valer un dinerall!

No tuvo más que descolgarla y llevársela debajo del brazo, para venderla a muy buen precio en una peletería.

Al llegar el otoño, Martita tuvo que regresar y, ¿cuál no sería su desconsuelo al encontrarse con que le habían robado su abrigo de pieles?

—¿Qué hago yo ahora?

Mientras lo buscaba, tuvo que ir vestida de verano, y como empezó muy pronto a hacer frío, los animales se reían de ella viéndola aún tan desabridada.

—¡Es una cursi! Siempre va pasada de moda. Ahora es cuando debía llevar gabán...

Apretó tanto el frío, que tuvo que tomar una resolución heroica. Fué a una peletería a comprarse un abrigo.

—¿De qué piel lo quiere usted?

—¿De cual va a ser? ¡De marta zibelina!

Y le sacaron un abrigo precioso, hecho con la piel de su tía Juanita.

—¿Cuánto vale?

—Diez mil pesetas.

¿De dónde iba a sacar ella tanto dinero?

—¿No podría ser menos? —dijo tímidamente.

—En marta zibelina, no. Es una piel muy cara, ¿sabe usted?

—Entonces... ¿qué otra piel hay?

—Muchas. ¿Cuánto quiere usted gastar?

—Todo lo que tengo... aunque venda mi traje de seda y el sombrero de paja con cintas... Unos diez duros...

—Por ese precio... como no quiera usted una piel de zorro...

—¡Qué horror!

—También tenemos pieles de imitación...

En fin, como el frío era ya irresistible, tuvo que decidirse a comprar un abrigo barato, de imitación.

Con aquel abrigo ya no pudo presumir de elegante como antes, y no salía más que a lo preciso.

De este modo se hizo una mujer de su casa y encontró un marido honrado y trabajador, con el que fué feliz, en un plan modesto.

La presunción tiene sus quiebras; pero la felicidad está donde menos se piensa, a veces en lo que hemos despreciado.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



—José Rubio—

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

ARDIDES

A las pocas semanas de la guerra Norte-Sur, habían sido tantas mis proezas en el frente, que un nutridísimo público de habitantes del Sur habían venido a presenciarlas.

Sólo frente al inacabable ejército del Norte mantenía mi línea, gracias a una estratégica disposición de armarios de luna, que daban la impresión al enemigo, al verse reflejado, de hallarse ante fuerzas iguales por lo menos. Además me habían prestado todos los gramófonos del país, y sabiamente dispuestos por colinas y valles, armaban el alboroto que hubiera podido levantar un ejército de un millón de soldados. Se comprenderá que el bombardeo de los del Norte no me hiciese ninguna baja, ya que en realidad no tenían enfrente más que a un servidor, a su esposa, la dulce Adelaida, y al público curioso de verme sostener solo esa guerra. Uno de los trucos que llamaron más la atención fué el cañón que inventé para coger prisioneros.

Era un cañón como todos los demás, y sólo variaba la forma de los proyectiles.

Estos, en vez de ser de plomo o acero, eran de madera, y no tenían tampoco forma de obuses o granadas, sino que se podían comparar más bien a las sillas y a las mecedoras.

Tenían verdaderamente esa primera forma, cuatro patas y un asiento de rejilla. Y tenían la particularidad de estar sujetos a la cureña por una goma larguísima. El funcionamiento era sencillo; se disparaba, salía el proyectil-silla por el aire, hasta caer en las filas enemigas; los soldados, al ver una silla, como estaban tan cansados, se sentaban en seguida, y entonces la goma, harta ya de tensión, volvía a su longitud natural trayendo a nuestras manos a la silla y a su ocupante.

Estos cañones dieron mucho juego; en el enemigo había bofetadas por ocupar los asientos.

Otro invento que tuvo mucho éxito fué el aparato que titulé «Mosca psicológica», que estaba construido por una palomita de papel, colocada al cabo de un largo alambre. Maniobrando con destreza por la otra punta se lograba que la mosca planease sobre el enemigo. Entonces se buscaba un soldado cualquiera y se le hacían cosquillas con la mosca.

La primera vez lo tomaba a broma y se rascaba riéndose; entonces se insistía, y el soldado ya protestaba cortesmente y rogaba a sus compañeros, a

los cuales creía culpables, que no le molestasen más. A la tercera vez se molestaba más, y a la quinta se liaba a golpes con todos sus vecinos.

Con este procedimiento logré producir verdaderas revueltas en las filas de los soldados del Norte.

Pero mi acierto definitivo fué el procedimiento del cual me valí para hacer creer al enemigo en la existencia de un poderosísimo Estado Mayor del Sur. Primero estuve bombardeándoles con los cañones, tirándoles almendras tostadas y muy saladas y aceitunas rellenas de anchoas.

El enemigo se puso de comer como el chico de la Camila, como vulgarmente se dice. Y, como es natural, le entró una sed atroz, que era lo que yo esperaba, para enchufarles todas las mangas de riego de la región Sur y arrojarles por ellas todo el vino que pude encontrar.

Ni que decir tiene la merluza que pescaron los soldados del Norte, empezando por su ilustre jefe, el general Cao-Bachin, que le dió la cogorza por pasearse andando de manos, lo cual fué muy criticado por su oficialidad y por los cabos furrieles.

Pero el resto del ejército enemigo estaba al poco tiempo en ese mismo estado.

Poco a poco se les oía cantar y se les veía danzar y caerse. A una guerrilla que enviaron de reconocimiento la vimos llegar haciendo eses, pero todos tan a compás, que parecían las segundas tiples

de un teatro de revistas.

Ni que decir tiene que la cogimos prisionera, prometiéndoles más bebida. Y cuando calculé que los del Norte estaban lo suficientemente embriagados, subí a una colina con Adelaida, los dos vestidos de general. El enemigo nos estuvo observando largo rato y luego se oyó un poderoso clamor de admiración. Y era que como cada cual estaba borracho, había visto doble, y en vez de dos había visto cuatro generales, y como por otra parte ellos eran muchos, hicieron el cálculo así: éste ha visto cuatro generales, y éste otro otros cuatro, ocho. Y otros cuatro éste, doce. Y éste otros cuatro, diez y seis..., etc., etc. Y el total hacía que creyesen que tenían enfrente un Estado Mayor compuesto por varios millones de generales.

El enemigo quedó muy impresionado.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



PROGRAMA PARA HOY

*El oso
Herido
¡Sensacional!*

GRAN CINE



EL OSO HERIDO

Carmita y su primo Chito salieron del colegio el miércoles pasado, y parecían estar un poco tristes.

Todos los demás niños charlaban unos con otros, contándose lo que iban a regalar al día siguiente a don Román, el profesor, por ser su cumpleaños.

Las niñas hacían lo mismo. Pili le iba a regalar un bizcocho que en el centro tenía escrito con chocolate: «Para don Román, de parte de Pili.»

Mari-Luz le regalaba un bastón con el puño imitando la cabeza de un loro.

Pepito le regalaba tal cantidad de butifarra, que podía poner un teléfono de butifarra desde el tejado del colegio al tejado de Pepito.

Toribio le iba a regalar un aparato de radiotelefonía, con el que se oían caer los copos de nieve más pequeños y la música de los mosquitos que viven al otro lado del planeta, y hasta la bocina de los «auto» de Marte...

Sólo Carmita y su primo estaban silenciosos.

—¿Y vosotros, qué le vais a regalar? —les preguntó Mari-Luz...

Y los pobres niños, casi con lágrimas en los ojos, contestaron:

—Todo lo que den por diez céntimos, que es lo que hemos podido reunir entre los dos, ya que en casa son muy pobres.

A los demás colegiales les dió pena oírles hablar así, pero siguieron su camino y les dejaron solos.

Carmita dijo a su primo:

—Oye, Chito, vamos a ver escaparates, para ver qué se puede comprar con estos diez céntimos.

—Bueno; como tú quieras.

Empezaron a pasar por los espléndidos escaparates de la calle principal de la ciudad, y todo costaba más: una cartera de piel de cocodrilo, 300 pesetas; un par de ricos jamones hermosísimos, 200 pesetas...

—¡Mira, Carmita! ¡Mira qué reloj de oro tan preciosísimo!! Vamos a ver si vale los diez céntimos, ¿eh?

Miraron el cartoncito del precio, y se encontraron con que decía: «5.000 pesetas».

—¡Qué horror, Chito! ¡Qué mal vamos a quedar! Gracias a que don Román es muy bueno y sabrá perdonarnos.

Siguieron caminando, y a la niña se le ocurrió de pronto una idea muy de niña:

—Primito, ¿y si le regaláramos unas flores del campo? ¿Le gustarían?

—No sé, no sé...; si yo fuera profesor, me gustarían más los hombones, el queso, la miel... Pero puede que a don Román le guste, aunque no sea más que por el cariño con que se las llevamos.

—Entonces, vamos al campo por ellas.

Empezaron a andar, a andar, a andar, camino de un monte algo lejano, en cuya falda se veían manchas de colorines.

Ya estaban bastante apartados de la ciudad, y pasaban próximos a una cueva de piedra que estaba cerca de su veredita, cuando oyeron una tímida voz que les llamaba:

—¡Niñitos, niñitos!...

El susto que se llevaron Carmita y Chito al ver que quien les llamaba era un oso fué tan grande, que se abrazaron el uno al otro para no caer al suelo.

Entonces el oso suavizó aún más su voz, y exclamó:

—Niños, no os asustéis. Ya veréis cómo soy bueno con vosotros. Lo que quiero es pedirlos un favor.

A pesar de lo cariñosa que era su manera de hablar, los nenes estaban todavía atemorizados. Por lo cual dijo él:

—Si tenéis miedo, no os acerquéis; no quiero que paséis un mal rato. Pero os ruego que os lleguéis hasta la ciudad y me compréis un paquetito de algodón. Me hice esta mañana un araño en la planta de la pata con unas zarzas, y estoy sangrando.

—¿Y con qué dinero lo compramos? —preguntó Carmita—. Nosotros no tenemos casi nada.

Entonces el oso se metió en la cueva, y salió con un silbato que

tiró a los niños para no asustarlos acercándose. Y cuando lo hubieron cogido, les dijo:

—Cuando necesitéis dinero, soplad ese pito, y aparecerá una ardilla ágil y chiquita con una cola inflada. Vosotros le pediréis el dinero que sea preciso y os lo traerá.

Los niños se retiraron poco a poco, mirando constantemente hacia atrás por si venía el oso. Pero el oso seguía en la caverna y les miraba con unos ojos que parecían tristes; ojos de enfermo o de herido.

Cuando se hubieron alejado algo, Chito dijo a su prima:

—Mira que ese animal me da miedo. ¿No nos hará nada cuando esté curado? ¿No aparecerá un lobo en vez de una ardilla?...

—No sé, no sé...; pero yo creo que está malo de veras. Puede que sea bueno y nos lo agradezca. Yo creo que debemos ir a la botica.

□ □ □

Llegaron al pueblo, fueron a la farmacia y pidieron el algodón que el osito quería.

—¿Cuánto es? —preguntaron.

—Tres pesetas.

Chito hizo sonar el pito, y apareció una ardilla muy simpática, de ojos muy alegres, a la que Carmita dijo:

—Trae tres pesetas, ardillita.

La ardilla desapareció, y al momento apareció de nuevo. Traía un sobre en la boca. Lo abrieron y allí venían las tres pesetas justas. El animal desapareció nuevamente.

Entonces los dos primitos emprendieron otra vez el camino, y al pasar por la relojería vieron el reloj que antes les había gustado tanto.

—¿Lo compramos? —preguntó, animadísimo, el pequeño Chito—. Tal vez la ardilla nos trajera las 5.000 pesetas.

—No me atrevo —contestó la niña, que era muy inteligente—. Puede que la ardilla nos trajera todos los millones que le pidiéramos. Pero este silbato es del oso, y nosotros no debemos disponer del dinero que la ardilla del silbato nos traiga.

—Es verdad. Tienes razón. Llevaremos el algodón al osito de la caverna y seguiremos por las flores de colorines.

□ □ □

Cuando se iban acercando hacia la cueva sintieron unos quejidos miedosísimos. A los niños casi les temblaban las piernas. Pero siguieron avanzando suavemente, hasta

que vieron al oso, que, al advertir que ya venían, les dijo:

—¡Ay, ay! Acercadme un poquito el algodón, porque me muero de dolor, hijos míos... ¡Ay, ay!...

Pero los niños no se movían. Les daba miedo. Sin embargo, Carmita dijo al pequeñín:

—Mira, Chito, yo me voy a acercar. Si me muerde, qué le vamos a hacer. Pero si es que le duele mucho, sería muy cruel tenerle así.

—¡Ah! Pues si vas tú, voy yo también. Lo que sea del uno, que sea del otro. Vamos.

Y fueron, y el oso, que resultó ser mucho mayor de lo que parecía a distancia, les lamió las manos. Ellos agradecieron tanto esas caricias que, en vez de dejarle el algodón y huir, se lo pusieron y se lo ataron con sus pañuelitos limpios.

—Para premiar vuestras bondades —dijo el oso— os dejaré el silbato hasta mañana, y compraréis vuestros caprichos. Y sabed que el Mago Don Oso, que soy yo, está a vuestra disposición siempre.

En efecto: con ayuda de la ardilla, que les traía el dinero que le pedían, compraron el reloj a don Román, que fué el mejor regalo, y una muñeca con coche para Carmita, y un triciclo con sidecar para Chito. Y una gran tarta de dulce, y naranjas, y jamón, y los mejores manjares, para comer en casa unos cuantos días.

Pero el silbato fué devuelto al día siguiente, como es natural.

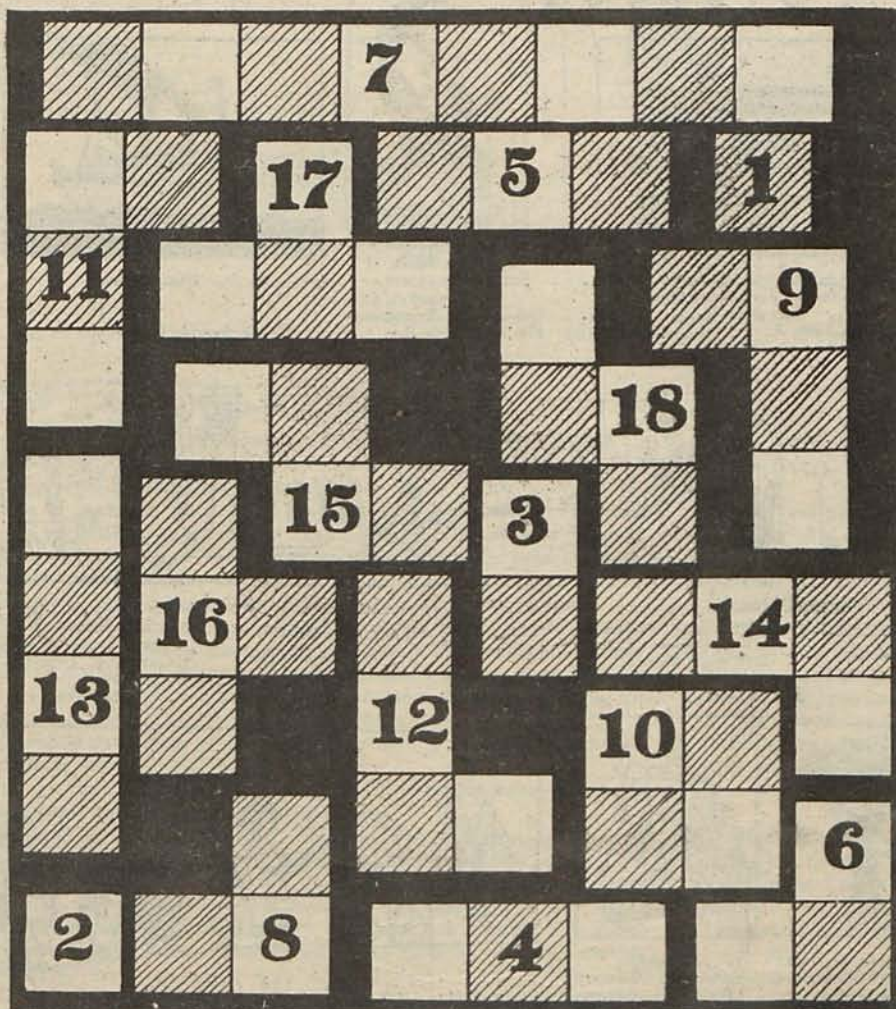
¡¡ HA TERMINADO !!



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

UN ROMPECABEZAS ORIGINAL



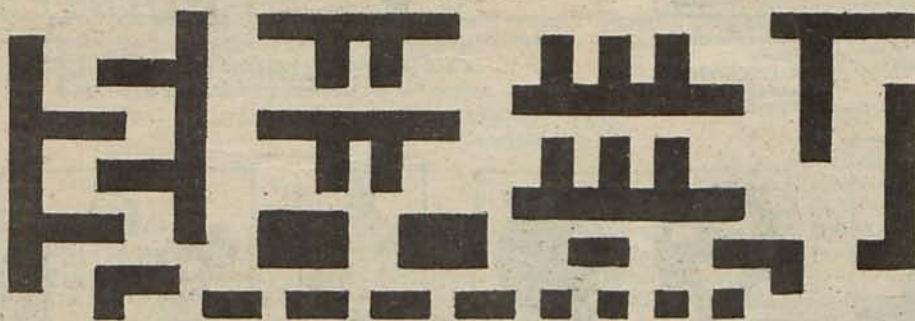
Nunca mejor empleada que en este caso la palabra *rompecabezas*; y si no, haced la prueba: aquí tenéis 18 piezas; recortadlas cuidadosamente, con objeto de que sus bordes sean bien rectos, para que encajen perfectamente unas piezas en otras. Si no queréis estropear la página, cosa que no debéis hacer nunca, dibujadlas en papel fuerte y numeradlas como están en el dibujo. Una vez recortadas las 18 piezas, tenéis que formar con ellas un tablero de ajedrez. Todos creo que sabréis lo que es un tablero de ajedrez; pero por si alguno lo ignorase, sabed que se trata de un cuadrilátero compuesto de 64 cuadritos: 32 blancos y 32 negros o rayados.

Estas 18 piezas son todas diferentes; pues aunque la 9, la 11, la 12 y la 14 parecen semejantes, fíjase y veréis que no lo son, pues unas miran para un lado y otras para otro.

¡Animo, amiguitos! No creáis que es cosa fácil. Pirula ha tardado toda una tarde para resolverlo; claro que la culpa de que tardara tanto fué, en parte, de Chapete, que le soplabla los papeles. ¡Demonio de Chapete!

(Fuera de concurso.)

PUZLE



Con las figuras negras que componen este dibujo, recortadas convenientemente, fórmese un rectángulo, de manera que en los huecos en blanco que quedarán en el interior de dicho rectángulo se lea el nombre de un personaje muy conocido.

115. P. Sección B.

JOSÉ MARÍA SÁENZ.
Doce años. Santander.

EL RECTANGULO MAGICO



He aquí un rectángulo compuesto de 27 casillas. En cada una de ellas hay que poner un número, y éstos han de ser, precisamente, los 27 primeros, o sea del 1 al 27.

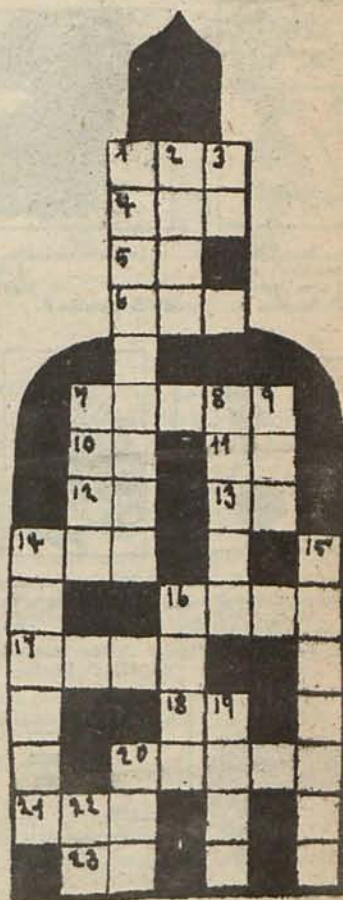
El intrínseco de este problema estriba en que, sumando los números de cada una de sus líneas horizontales, debe dar un total de 126, y los números de las líneas verticales, 42.

¿En qué orden se han de colocar los números para obtener estas sumas?

116. P. Sección A.

RICARDO MORENO Y GÓMEZ.
Siete años. Antequera.

PALABRAS CRUZADAS



INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Fuente de calor.—4. En el pájaro.—5. Letra.—6. Tiempo de verbo.—7. Alimento.—10. Infinitivo de verbo.—12. Artículo.—13. Artículo.—14. Animal.—16. Verbo.—17. Verbo.—18. Conjunción.—20. Abrija.—21. Adverbio.

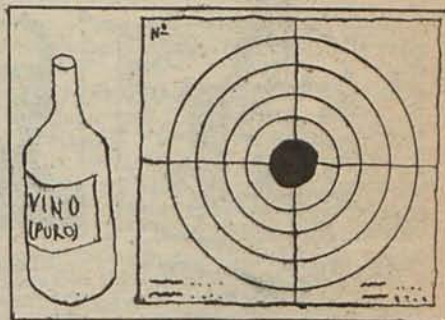
VERTICALES

1. Un don.—2. De un sentido.—3. Nota musical.—8. Infinitivo.—9. Animal.—11. Pronombre.—15. Para alumbrar.—19. Nombre de mujer.—20. Pronombre.—22.—Pronombre.

CARMEN GARCÍA JIMÉNEZ.
Once años. Málaga.

117. P. Sección B.

JEROGLÍFICO



RAFAEL SIERRA.
Nueve años. Madrid.

118. P. Sección A.

PROBLEMA

CARMEN, NENE, DIA, DOTE, DIQUE, RESNEQUISI

Combinando estas letras, fórmese un refrán español.

ANTONIO RUIZ DEL OLMO.
Once años. Avila.

119. P. Sección B.

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

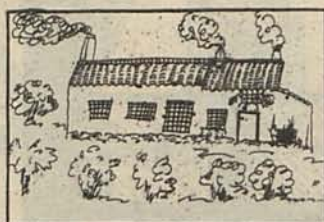
DIBUJOS



Doña Francisquita.
JOSÉ MESAGUER.
14 años. Madrid.
567. D. Sección B.



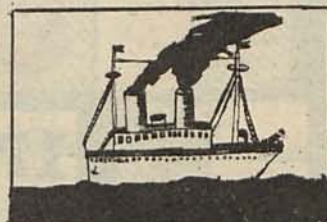
Un indio piel roja.
J. M.
Madrid.
568. D. Sección B.



El cortijo de mis titos, donde yo veraneo.
ISABELITA FERNÁNDEZ GUARDIOLA.
Seis años. Madrid.
569. D. Sección A.



Martínez Sierra.
JUANITO GUARDIOLA
FERNÁNDEZ.
Once años. Barcelona.
570. D. Sección B.



Trasatlántico.
H. L. Verny.
571. D. Sección B.



Un holandés, de Holanda,
yendo para su molino.
AMELIA ALOYA.
Once años. Madrid.
572. B. Sección B.



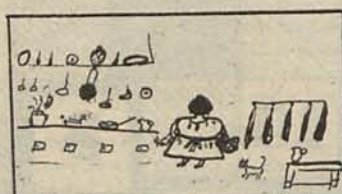
Mi portera cuando la dan «propio».
JOSÉ LUIS GUJARRO.
8 años. Madrid.
573. D. Sn. A.



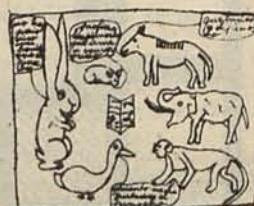
Pinocho y Pirula.
RICARDO ESTADE.
Nueve años.
574. D. Sn. B.



Coqueta.
ALICIA MARTÍNEZ
VALDERRAMA.
Doce años. Madrid.
575. D. Sección B.



Mi cocinera vuelve del mercado.
PILAR BORRERO.
Diez años. Sevilla.
576. D. Sección B.



Hasta los animales leen
PINOCHO.
CARMEN F. DE ARELLANO.
Once años. Zaragoza.
577. D. Sección B.



Cabeza de estudio.
FERNANDO LUCERO
Chapalcoufú.
(Buenos Aires).
578. D. Sección A.



Mi tío.
JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ.
Once años. Navas del
Marqués.
579. D. Sección B.



Dibujo de un loco.
E. E. PLANCHET.
Uruguay.
580. D. Sección B.



Mi caballo.
JOSÉ GARCÍA GIMÉNEZ.
Siete años. Málaga.
581. D. Sección A.



Donde voy a pasear.
CARMEN GARCÍA GIMÉNEZ.
Málaga.
582. D. Sección B.



Pinocho en su granja.
MIGUEL MUÑOZ.
Cuéllar.
583. D. Sección A.



Pirulo y Pirula visitan a Pinocho en su sombrería.
MANUEL NIETO.
Nueve años. Madrid.
584. D. Sección A.



La cocina de los señores del Ministerio de Estado.
Nueve años. Madrid.
M. N.
585. D. Sección A.



En la carnicería.
GLORIA BAILÓN.
Nueve años. Medina.
586. D. Sección A.



A cinco leguas de Pinto y treinta de Marmolejo.
JOSÉ MARÍA DADÍN.
Catorce años.
587. D. Sección B.



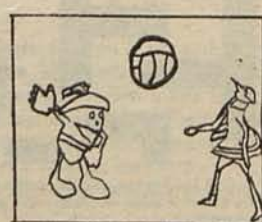
Un artillero.
ALVARO COBIÁN.
Catorce años. Poblet.
588. D. Sección B.



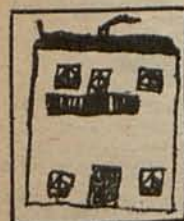
Currinche de frente y de perfil.
JOSÉ AMIGUETI.
Once años. Tetuán.
589. D. Sección B.



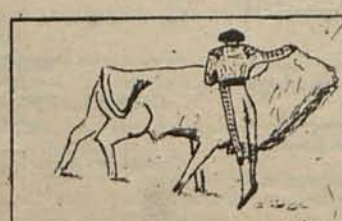
Pepín el diabólico.
J. A.
Once años.
590. D. Sn. B.



Pinocho y Chapete jugando al fútbol.
MANUEL NIETO.
Nueve años. Madrid.
591. D. Sección A.



Mi casita.
MARÍA TERESA MORENO.—Seis años.
592. D. Sección A.



¡¡Oléee!!!
JOSÉ RODRÍGUEZ.
Catorce años. Toledo.
593. D. Sección B.



Una morena.
M. D.
12 años. Puente deume.
594. D. Sección B.



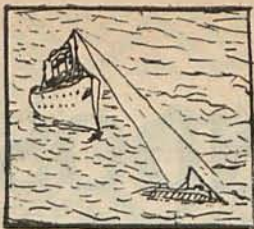
Lo que veo por mi ventana.
LUIS DADÍN.
Ocho años.
595. D. Sección A.



Apuntes de playa.
MANUEL FLÓREZ RECIO.
Trece años. León.
596. D. Sección D.

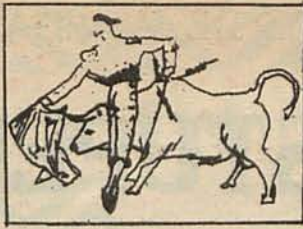


Una parada monumental del autor del dibujo.
JAIME GUICA.
Doce años.
597. D. Sn. B.



Submarino a la vista.
AVIER G. AMEZUA.
Trece años. Madrid.

598. D. Sección B.



Nicanor Villalta.
CARLOS EGIDO.
Nueve años.

599. D. Sección A.



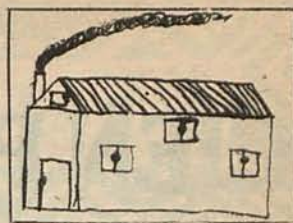
El bandoleero.
CARLOS FERNÁNDEZ VAL-
DEMORO.
Doce años. Cerecedilla.

603. D. Sección B.



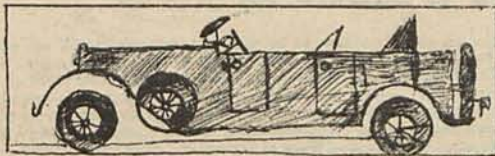
La jugada de la tarde.
JOSÉ RODRÍGUEZ DE ARCE.
Catorce años. Toledo.

600. D. Sección B.



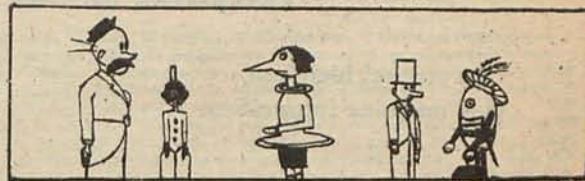
El sol y el rancho de mi tío.
RUTH M. BUSTELO.
Ocho años. Buenos Aires.

601. D. Sección A.



El auto del tío Pepe.
RICARDO DE ANASAGASTI.
Seis años. Madrid.

602. D. Sección A.



Héroes de PINOCHO.
JOSÉ M. MANA.—Doce años. Madrid.

604. D. Sección B.

Aguzad el ingenio.

No hace muchos años, existía por los alrededores de Toledo un grandioso castillo que servía de morada al ilustre marqués de Montalbán, con su interminable servidumbre.

Era el marqués un anciano respetable y bondadoso. Habitaba con él un sobrino suyo, que se quedó huérfano desde muy joven.

Ricardo, que así se llamaba el sobrino, desde su infancia se le conocía que no tenía vocación al estudio; su tío, a todas horas estaba con él para que cogiese algún libro, pero era tarea inútil.

El marqués tenía ochenta años, y no debía estar lejos su muerte. Llegó el día en que el marqués murió. Pocas horas antes de morir, llamó a su lecho a Ricardo y le dijo: Cuando muera, si no eres listo, no heredarás mi fortuna. Ricardo se fué a sus habitaciones, reflexionando lo que su tío le dijera antes de morir.

Pasados unos días, se personó el notario y leyó el testamento, que decía así:

«Lego toda mi fortuna a los Rvdos. PP. Franciscanos; lo que la comunidad quiera, será para mi sobrino.»

Ricardo se quedó de piedra. Algunos días después, llamó a un amigo suyo que era notario. El amigo, apenas leyó el testamento, le dijo a Ricardo: No te apures, que la fortuna o casi toda ella será tuya. Un mes después se hacía el inventario de todo lo que había pertenecido al marqués. Estaban presentes los Rvdos. PP. Franciscanos, Ricardo, el notario, el amigo de Ricardo, el juez y sus subalternos, etc.

Gustavo (el notario, amigo de Ricardo), cogió el testamento y dijo:

—Hay en Bancos siete mil onzas, ¿para quién son?

—Para la comunidad —respondieron los Rvdos. PP. Franciscanos.

—¿Los muebles y enseres?

—Para la comunidad.

—¿Los huertos y fincas?

—Para la comunidad.

Y así fué nombrando las riquezas y bienes que constaban en el inventario.

Cuando terminaron, Gustavo dijo:

El testamento dice: «Lego toda mi fortuna a los Rvdos. PP. Franciscanos; lo que la comunidad quiera, será para mi sobrino»; y como la comunidad lo quiere todo, pues todo es para el sobrino.

Dos días después tomaba posesión de la fortuna de su tío.

FRANCISCO TRIGO.
Once años. Valencia.

70. C. Sección B.

Cuento.

En el año 1745, y en un pueblo de esta provincia, habitaba un matrimonio de buena posición social y económica. Dadas sus dotes de honradez y de cristianismo, convinieron entre sí, y sin consultar a persona alguna, despedir a los administradores de sus fincas y dedicarse ellos por sí solos a administrar su capital, con objeto de dedicar o unir estos ahorros a los usufructos, consiguiendo en un año, aproximadamente, aumentar su capital en más de un millón de pesetas. Acto seguido decidieron fundar un colegio, con objeto de dedicar su atención al engrandecimiento de su villa, y proteger muy directamente a los ancianos y niños pobres de aquella localidad, auxiliándoles como personal técnico; profesores de Instrucción Pública, los cuales, no sólo les educaban, sino que también les servían los alimentos y presenciaban la higiene y policía de aquéllos; todo esto se verificaba bajo la inmediata dependencia de aquel culto y digno matrimonio.

Al fallecimiento de las dos personas indicadas, que fué en el año 1780, dejaron su fortuna al colegio por haber sido así la voluntad de éstos, formando el Consejo de Administración las primeras autoridades de aquella villa.

Estas líneas deben ser leídas por todas las personas pudientes, para que les sirva de estímulo y ejemplo lo del matrimonio de referencia.

CARMEN R. ADAMUZ.
Nueve años. Málaga.

71. C. Sección A.

La ingratitud.

Pues, señor, en un lugar de la provincia de Soria había cierta niña llamada Aurea. Era una joven muy guapa y a todos los tenía trastornados.

Eligió tres novios y de estos tres se casaría con el que le trajese el objeto que a ella más le gustara. El mayor se llamaba Francisco; el mediano, Enrique, y el más pequeño, Fernando. Cada uno se fué al país en que más creía que iba a encontrar el objeto más bonito.

El primero que vino de regreso fué Francisco, con el auto que más corría del mundo. Como estaba cansado del viaje, hizo noche en una posada de Aldea Pequeña, llamada así por el escaso número de vecinos que contaba. Al otro día estaba lavándose cuando se le presentó Enrique con una trompeta en la mano.

—¿Es que te has vuelto ahora músico? —le preguntó.

—No, pero cuando toco con la trompeta, todos los muertos que hay al lado mío resucitan.

Ya se iban a marchar y vieron a Enrique que entraba en la posada.

—¡Hola, Enrique! ¿Es que tú no llevas nada?

—Un espejo, que es mejor que lo que vosotros le lleváis.

—Ja, ja, ja. Eso no es nada en comparación de lo que nosotros llevamos.

—Es que en el espejo se ven todas las cosas del mundo.

—¡A verlo!

Enrique sacó el espejo. Al mirarlo, un grito de angustia se escapó de sus gargantas. Su novia estaba rígida e inmóvil en su aposento. La familia, al pie de la cama, lloraba lo irremediable. Montaron en el auto, sin perder un momento, y a toda velocidad salieron para el pueblo de su novia. Enrique no hacía más que mirar en el espejo.

—Corre, corre —decía—, que ya la están amortajando.

Por el exceso de velocidad, en una curva están a punto de estrellarse. Ya llegan al pueblo, se bajan y echan a correr hacia el cementerio para llegar antes de que la echen la tierra encima. ¡Por fin, llegan a tiempo! Fernando llega al lado de ella y toca la trompeta. Aurea se levanta del ataúd. La gente, no dándose cuenta de lo que ocurre, echa a correr espantada y dejan a los novios solos. Cada uno le ofrece su regalo. Ella los rechaza y dice que su padre quiere que se case con el hijo de un rico hacendista.

Los tres se quedaron con un palmo de narices, y, en la boda, ni aun probaron las perdices.

J. MARTÍNEZ.
Trece años. La Jara.

72. C. Sección B.

La serpiente.

En un reino, cuyo nombre no recuerdo, existía una enorme serpiente que tenía la costumbre de devorar cada seis meses a la dama más guapa de todo el reino.

Faltaban tres días para que se comiese a la princesa Gordinfota (que todos los muchachos seguramente la conoceréis, pues yo me acuerdo como si la estuviera viendo), y ya todos los balcones estaban enlutados, cuando vino un forastero joven, y extrañado de ver tanto luto, preguntó a una vieja que había asomada en uno de los balcones la causa de tanto luto; la vieja le contó lo que ocurría en el reino. El joven, al oír el relato de la vieja, se comprometió a salvar a la princesa, necesitando para ello las dos calabazas huecas más grandes del reino. Una vez en su poder las dos calabazas, y estando la serpiente dormida, se las ató al rabo; la serpiente del ruido de las calabazas dejó de comer muchachas y la princesa, siempre amarilla, se puso colorada y gorda como un pimiento. Y aquí termina mi cuento.

JUAN RUIZ.
Doce años.

73. C. Sección B.

Chiste.

En una población hay un hotel donde dice en un cartelón: Se habla francés, inglés, italiano y alemán.

Llega un viajero inglés que pide el intérprete de su idioma. El dueño contesta: No lo hay. ¡Pues entonces, quién habla todos esos idiomas que dice el cartelón! Pues los viajeros contestó el dueño.

JOSÉ LUIS MENDOZA.
Doce años. Avila.

74. CH. Sección B.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

Ayuntamiento de Madrid

CIEN PREMIOS ESTUPENDOS

LISTA de los regalos que PINOCHO sorteará entre sus lectores. :: Las condiciones completas de este sorteo, véanse en el número 38.

- | | | | |
|-----|--|-----------------------|---|
| 1.º | Una colosal bicicleta. | 11. | Un estuche de dibujo. |
| 2.º | Una máquina fotográfica. | 12. | } Una pluma estilográfica. |
| 3.º | } Una preciosa muñeca o un estupendo balón de foot-ball. (<i>El Pinochista premiado podrá, a su gusto, elegir el balón o la muñeca.</i>) | 13. | |
| 4.º | | 14. | |
| 5.º | | 15. | |
| 6.º | | 16. | } Una caja de acuarela. |
| 7.º | | 17. | |
| 8.º | } | 18 al 100. | Un lote de libros. Estos 82 premios (del 18 a 100) valdrán, entre todos, por lo menos 500 pesetas |
| 9.º | | | |
| 10. | | Un estuche de dibujo. | |

SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO

NAVIDAD-REYES DE 1925

CUPÓN NÚM. 3

Enviado por el Pinochista Don

de años, y cuyas señas son

CORRESPONDENCIA

Arsenio Pellicer. (Barcelona).—Ya no necesito contestar a tu carta, creo yo... **Manolo y Ernesto Molina. (Palos).**—Aunque me han gustado mucho tus dibujos, no puedo publicarlos. No olvides nunca el cupón que corresponde a cada una de las obras que me remitas.

Francisco Sancho. (Cabra. Córdoba).—Tu problema estaría bien, sería publicable, si los números de cada cuadrito hubieran llegado con claridad, legibles. Espero que me mandarás otras cosas, otro problema de palabras cruzadas, en condiciones publicables.

Antonio García Mendoza. (Valladolid).—¿Y el cupón? **Elena Ratera.**—Mi buena amiguita: Perdonarás si no publico tu dibujito. Con ser tan bonito, viene en condiciones desfavorables: a lápiz y sin cupón. Y digo sin cupón, porque mandar estos cupones antiguos es lo mismo que no mandar ninguno. No olvides estas advertencias, y remíteme lo que quieras. Te espero con mucho gusto.

J. Luceño. (Cáceres).—Tus «reseñas» saldrán; pero no tan pronto como tú desearas. Es necesario que tengas en cuenta la enorme cantidad de trabajos que recibimos. Si quiero ser justo, no puedo violentar el orden de la colaboración.

Antonio Zugasti. (Buenos Aires).—Mal puedo sacarte de dudas, querido Antonio. Por una parte, Colón parece italiano, genovés; por otra, español, de Pontevedra. Si hemos de creer al famoso navegante, tenemos que asegurar que es italiano. En su testamento hay esta afirmación: «Siendo yo nacido en Génova, les vine a servir aquí en Castilla a los Reyes Católicos». Pero este testamento, como todo lo que de Colón se conserva, se ofrece a interpretaciones. Por otra parte, como digo, parece español. Españoles fueron los nombres que Colón dio a todas las tierras que descubrió. Incluso a la parte oriental de la isla de Cuba la llamó *Maiti*, palabra netamente gallega, derivada de la exclamación *e maiti si*, equivalente a la castellana *es verdad*. Desde hace tiempo se viene trabajando por averiguar el nacimiento del navegante, sin que a esta fecha se haya conseguido el resultado que se desea. Yo estaré al tanto, desde luego, de aquellas investigaciones, y apenas se sepa con verdadera evidencia el lugar del nacimiento de Colón, te lo comunicaré para que lo conozcas. Ello es cuanto puedo decir y prometer. Me alegro que me consultes y lamento, sin embargo, no poder darte una contestación segura y categórica. Y cuando yo no te la doy, créeme, Antonio, nadie te la dará.

Luis Angel Oriando. (Málaga).—Querido Luis: Lo siento mucho; pero sin cupón, la verdad, no puedo publicar tus trabajos. Lo más que puedo hacer —y ello como favor especial— es conservar aquí tus cuentos y chistes (que me han gustado tanto!) hasta que me remitas, por cada uno de ellos, el cupón correspondiente de concursos.

Emilia Davila. (Sevilla).—Mi buena Pinochista: He recibido tu cuento que merece, como tu anterior, publicarse. Me ha gustado muchísimo, más de lo que puedas imaginar, pues todo él viene a ser una perfecta maravilla. Tu carta la entregué —personalmente, fíjate— a Pirula, y ésta espera con verdadera impaciencia ese cuento que piensas dedicarle. No tengo que decirte más.

Besos, abrazos, apretones de manos, saludos, felicitaciones, etc., etc. **Piluca García. (Bilbao).**—Creo que

huelga la contestación a la tuya. Ya te supongo enterada de todo, contenta y... expectante.

José Palma Alonso. (Sevilla).—No puedo publicar tu problema. Es de una complicación enorme para darlo en PINOCHO. La complicación está, no en la solución, sino en el problema en sí, que no se ajusta a lo que nosotros podemos publicar en mi semanario. Enviame otra cosa.

Mariano del Fresno. (Valladolid).—Tampoco puede pasar tu problema de palabras cruzadas. Hay que hacerlos un poquito mejor, querido Mariano.

Pedro Gómez Garrido. (Salamanca).—Mi buen amigo Pedro: Recibo tus dibujos, que me gustan sobremanera, y tu petición. Esta no es cosa hacedera, no es asunto que esté en mis manos. Yo no puedo dar los premios. Al implantar las votaciones, me he comprometido a no intervenir en este asunto. Son los Pinochistas, los lectores de PINOCHO los encargados de premiar los trabajos publicados. Mi oficio, en este particular asunto de las votaciones, queda reducido a averiguarles cuales trabajos han merecido más votos. Aunque tus dibujos son buenos, yo no puedo hacer nada. Pero no te apures. Cuando se publiquen, sin duda alguna merecerán la más general distinción por parte de todos los Pinochistas.

Gilberto Arturo Lavergne. (Panamá).—He recibido tu obra, mi figura en una pegasa ejemplar. Eludo elogiar semejante maravilla. Tendría que alargarme demasiado, y es el caso que cuento con escasísimo tiempo. «Te mando un trabajito —dices—, no tanto para entrar en el concurso, como para ver mi nombre en tu famosísimo semanario. Es una gran gloria para los niños, eso de salir al lado de tu retrato». Pues tú vas a alcanzar esa gloria; querido Gilberto, y la alcanzarás por propia fuerza tuya, esto es, por la perfección de tu dibujo, que ha gustado a todos.

Alcides Méndez Soto. (Costa Rica).—Para otra ocasión, te recomiendo tinta negra. No es preciso que ésta sea china; bastará con que sea negra. Me satisfacen mucho los elogios que haces de mi semanario, y ya puedes comprender que pongo PINOCHO a tu disposición. Eres un chico listísimo, un gran dibujante, un gran escritor, y yo siento particular afecto por los Pinochistas que reúnen cualidades tan excepcionales. Mándame, pues, todo lo que quieras.

Recibe un abrazo de Pirula, y otro mío, y dos más de Don Turulato y Currínche.

José Luis Martín. (Córdoba).—Mi buen amigo: Perdonar si Martín, tu apellido, por obra y gracia de tu letra —quizás también, por una equivocación de mi parte—, salió transformado en Martínez. Esto es poco menos que inevitable. Y casi estoy admirado, maravillado, de que semejantes equivocaciones no sean más frecuentes. Tú disculparás mi pifia y procurarás para tu nombre y apellidos la más hermosa de tus letras.

En cuanto a los «apuntes», ya están admitidos, ya están aguardando la hora de salida. Me han gustado mucho, y... nada más.

Abrazos, apretones de manos, etcétera, etc.

Antonio López. (Arévalo).—Me mandas varios trabajos, y solamente un cupón. Y como es natural, justo y prudente, escojo uno de tus trabajos, el chiste ilustrado, que es, sin duda, lo mejor —al menos, lo que más me gusta—, para publicarlo. En otra ocasión, un cupón por cada cuento, chiste, etc., etc., que me remitas.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 40

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ ABUNDAN LOS VOLCANES EN LAS PROXIMIDADES DEL MAR?

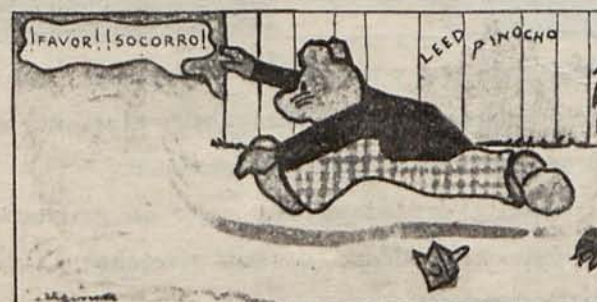
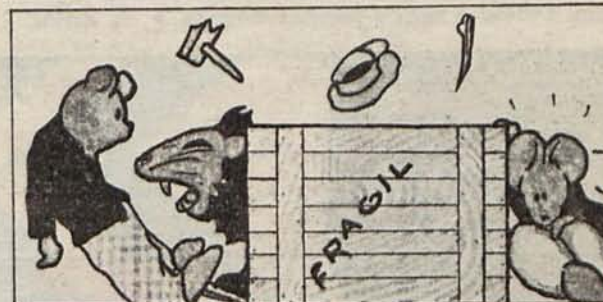
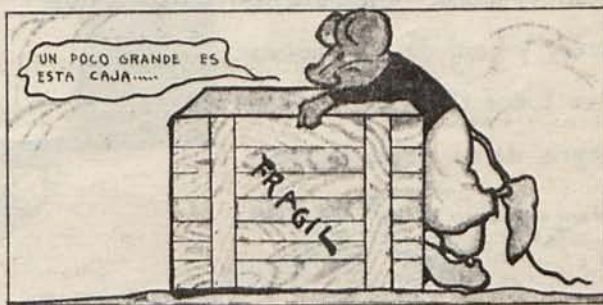
Todos los Pinochistas saben lo que es un volcán. Todos, sin excepción, conocen, aunque no sea más que por los libros, lo que son estas terribles aberturas, verdaderos pozos de bocas grandísimas, cuyas profundidades parecen hallarse repletas de sustancias ardientes. El volcán, por regla general, se halla en la cima de altas montañas. Cuando un volcán se encuentra en actividad arroja por su boca o cráter, con extraordinaria violencia, humo, llamas, fango, cenizas y materias fundidas. Semejantes sustancias, denominadas lavas, corren por la falda de la montaña en que se halla el volcán, a manera de ríos, y se detienen allí donde se solidifican y endurecen. Por lo dicho se comprenderá el peligro que supone para el hombre la proximidad de un volcán en erupción. Las poblaciones de Stabies, Pompeya y Herculano fueron sepultadas, en el año 79 (después de Jesucristo), por una lluvia de lava procedente del Vesubio. Siglos después, en 1748, comenzaron las excavaciones que dieron por resultado el descubrimiento de la ciudad de Pompeya. La actividad de un volcán va acompañada, en la mayoría de los casos, de fuertes temblores de tierra. Los terremotos vienen a constituir otro gran peligro para el hombre. Aquellos son frecuentes en los terrenos volcánicos, si bien se originan a veces en lugares donde no hubo nunca la menor huella de un volcán. En ocasiones el terremoto no se limita a ser un estremecimiento de tierra más o menos peligroso; en ocasiones, digo, el terremoto origina hundimientos terribles, levanta montañas, abre cráteres de volcanes donde nunca existió indicio de ellos, levanta islas en los océanos y hace desaparecer otras de considerable altura y extensión.

Hay volcanes que arrojan agua hirviendo. Son comunes en Islandia, y es notabilísima la fuente hirviendo llamada Gran Geyser. También es célebre el volcán de Agua, que inundó en una de sus erupciones la antigua ciudad de Guatemala. Aunque los volcanes, como hemos dicho más arriba, sólo son frecuentes en las cimas de las montañas, es lo cierto que existen también en tierra llana, como el Kirorea, que se encuentra en la isla de Hawái.

¿Por qué abundan los volcanes en las proximidades del mar? He aquí una pregunta

de difícil respuesta. El Etna, el Vesubio, el Chimborazo, el Hecla, el Popocatepetel, el Cotopaxi, volcanes éstos los más importantes, se encuentran, precisamente, a la vera del mar. Ello ha dado mucho que pensar a los sabios; pero tanto pensar no ha proporcionado una conclusión definitiva, cierta, demostrable. Desde hace mucho tiempo se supone que el interior de la tierra se encuentra en estado incandescente, esto es, ardiendo. Viendo lo cerca que se hallan del mar, como hemos advertido, los más importantes volcanes, los sabios han lanzado la siguiente teoría, que no pasa de ser, hasta ahora, una suposición: Imaginemos que se origina en el fondo del mar, cerca de la costa, un temblor de tierra. Sabemos que estos temblores abren, a veces, enormes grietas, hondísimas zanjás. Es seguro que, originada esa zanja en el fondo del mar, penetre por ella el agua en cantidad inconcebible. ¿Y no parece natural que ese agua, en ebullición al contacto con la materia incandescente que hay en el interior de la tierra, tienda a salir a la superficie? Buscará el lugar más propicio. El agua, convertida en vapor, abrirá una grieta, un cráter, allí donde la tierra se presente más fácil. Y entonces aparecerá el volcán, con todo su peligro, arrojando humo, llamas, fango, cenizas y materias fundidas. Esta explicación del volcán, como hemos advertido anteriormente, no pasa de ser una suposición o, como es corriente llamar a estas suposiciones, una hipótesis. Para ello sería preciso averiguar si real y verdaderamente el centro de la tierra, como se cree, está ardiendo. Pero hasta ahora es ésta la explicación que parece más próxima a la verdad. También se cree que, tanto los volcanes como los temblores de tierra, son producidos por ciertas combinaciones químicas habidas en el interior de nuestro planeta, que originan, a la postre, los peligrosos fenómenos de que hablo. Sea por lo que fuere, ahí están los volcanes: unos, en activo, arrojando materias incandescentes, y otros apagados, como cansados de arrojar lava. Y aquí estamos nosotros para estudiar estos señores volcanes, que tarde o temprano se rendirán a nuestro trabajo. Algún día lograremos saber por qué arrojan fuego, cosa que no hemos llegado a descubrir todavía.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, COSTURERA

Camisón de dormir. — Para ese hermanito vuestro,

Quizá me preguntaréis qué falta hacen los bolsillos para estar en la cama.

Pues no os vayáis a figurar que se trata de una humorada «pirulesca»; todo tiene su explicación.

al que tanto queréis y que yo tan perfectamente os describí —¿os acordáis?— (1), acabo de dibujar este camisón.

Como seguramente ya sabéis, ahora se les hacen a los niños, para dormir, camisas-pantalón.

Aquí tenéis un modelo que os gustará seguramente, pues su sencillez de forma no excluye cierta originalidad de buen gusto.

Los adornos azules —bolsillos, puños, canesú y bajo de los pantalones— van todos ribeteados con un vivito negro, de un efecto precioso.

(1) Véase el número 33 de PINOCHO.



Uno de los bolsillos sirve para que el niño guarde en él su pañuelito, mucho mejor que debajo de la almohada.

Este bolsillo será el de la izquierda, a fin de que no moleste el bulto que pueda hacer, ya que el niño tendrá seguramente la excelente costumbre de dormir vuelto hacia la derecha, para evitar las pesadillas.

Y el segundo bolsillo cumple la geométrica misión de hacer *pendant* con el primero.

■ ■

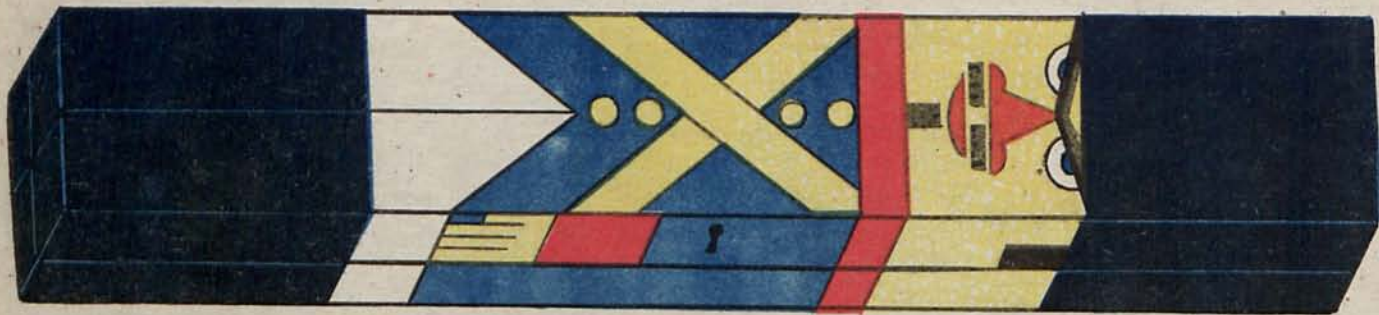
PIRULA, PINTORA

Decoración de una caja de lápices.—Cuando erais chiquitinas —¡ohl, de esto hace una barbaridad de tiempo; por lo menos, tres o cuatro años—, lectorcitas queridas, un lápiz constituía para vosotras un tesoro inestimable.

Hoy sois nada menos que unas graves y cultísimas colegialas, tenéis muchos lápices negros y de color,

la extraviasteis el primer día. Por dentro, la caja va dividida en tres departamentos: uno, largo, para los manguilleros y lápices nuevos; otro, más corto que el primero, para los lápices a medio usar, y un tercero, muy cortito, para las plumas sin estrenar y la alargada goma de borrar tinta.

¿Y por fuera? ¡Ahl, pues por fuera la caja era com-



gomas de borrar, plumas con sus correspondientes manguilleros y, ¿quién sabe?, puede que hasta tengáis pluma estilográfica y todo.

Y todo ello lo tenéis cuidadosamente ordenado en una caja alargada de madera clara, provista de una cerradura microscópica, cuya llavecita, a buen seguro que

pletamente sosa y vulgar; pero en adelante será originalísima, puesto que en cuanto veais el adjunto modelo, seguramente lo querréis reproducir.

¡Ajajál ¿Verdad que está mejor así, convertida en un imponente soldado, de cara «feroche» y uniforme deslumbrador?